
HARLEQUIN
Deseo
Baile lento
Linda Conrad

Baile lento

Cuando la columnista Lainie Gardner se encontró bailando en los brazos de su guardaespaldas, Sloan Abbott, pensó que la suya era una relación imposible: él, un capitán de los rangers; ella, una celebridad que escribía en un periódico. En circunstancias normales, sus caminos nunca se habrían cruzado. Pero cuando Lainie se vio amenazada de muerte, fue Sloan quien la protegió con su cuerpo y quien ahora le provocaba peligrosos sentimientos. Su lado profesional la prevenía contra una aventura que no podía llegar a ninguna parte. Pero su lado femenino no quería escuchar.

De repente se veían atrapados en una danza prohibida...

Capítulo Uno

Pelirroja, osada y obstinada.

Con un suspiro, el ranger texano Sloan Abbott miró la hora en el reloj y se encaminó hacia el vestíbulo acristalado donde la insensata mujer se exponía a la vista de todos, desafiando el peligro. .. . .

No estaba previsto que el se reuniera con Lainie Gardner hasta media hora más tarde, en su oficina del duodécimo piso del edificio del periódico Houston News.

Había tenido serias reservas antes de aceptar aquella misión. Convertirse en guardaespaldas no era algo a lo que estuviera habituado. Pero sí sabía a ciencia cierta que una víctima de acoso debía cumplir las órdenes recibidas. Su propia vida dependía de ello.

Sloan se había pasado todo el día inspeccionando cada centímetro del edificio y de la zona circundante. Sabía cómo funcionaban los ascensores, cómo se conectaban los pasillos y por dónde discurrían los circuitos de aire acondicionado. Nadie podría haber hecho mejor el trabajo de controlar la seguridad de las instalaciones.

También había estado bastante tiempo estudiando el dossier sobre la señorita Gardner que el capitán le había entregado, y lo más curioso era que se había sentido fascinado por determinados detalles de la vida de esa mujer.

Sloan ya había llegado a la conclusión de que merecía la pena posponer el viaje particular que tenía previsto y para el que había pedido un permiso especial a los rangers de Texas. La protección de una preciosa columnista le parecía mucho mejor plan que disponerse a descubrir penosas historias sobre su pasado.

Pero... ¿qué era lo que había decidido hacer la mujer de rostro conocido por todos en vez de quedarse en la seguridad de su despacho hasta que él llegara? Nada menos que salir del ascensor y exponerse a la vista pública y a plena luz del día en el vestíbulo acristalado del edificio.

No había tenido dificultades para reconocerla desde la acera de enfrente. Por supuesto, había estudiado sus fotos, pero la imagen de su rostro aparecía diariamente al frente de la columna que escribía sobre consejos sentimentales. Además, era imposible confundir esa exuberante melena pelirroja.

Incluso irritado como estaba por su descuido, no pudo evitar que una sonrisa asomara a sus labios mientras cruzaba la calle. Las

fotografías no le hacían justicia. Tenía un cuerpo compacto, pero redondeado en los lugares precisos. Aun vestida como estaba, Sloan imaginó que se sostenía sobre dos piernas muy largas. Y él sentía debilidad por las piernas de las mujeres.

Cambió de humor automáticamente en cuanto la vio detenerse junto a otra mujer e iniciar una desenvuelta conversación. Había recibido instrucciones de quedarse en su despacho hasta que él llegara para escoltarla hasta su casa. Estaba en peligro y había sido amenazada de muerte. ¿Qué demonios se suponía que estaba haciendo?

Oyó los disparos justo en el mismo momento en que la pared acristalada saltaba en mil añicos. Alguien gritó. Pero Sloan no perdió el tiempo preguntándose de dónde habían procedido los tiros.

Saltó por encima de los vidrios rotos, hizo caso omiso del ambiente de histeria y se acercó al lugar donde las dos mujeres yacían sobre el suelo. Ambas boca abajo sobre el suelo de mármol y llenas de sangre por todas partes.

Comprobó en cuestión de segundos que ambas seguían vivas y que Lainie no había perdido el conocimiento. La arrastró sin que ella opusiera resistencia hasta colocarla fuera de la línea de tiro. No tenía tiempo para comprobar la gravedad de sus heridas; lo fundamental era prevenir un nuevo ataque.

La segunda tanda de disparos alcanzó a varias personas que huían hacia la calle.

-¡Llamen a la policía! -gritó Sloan.

Pero Sloan sabía que una vez desaparecida Lainie, el tiroteo cesaría, puesto que era ella el objetivo de los criminales.

Había sido una verdadera suerte que él hubiera inspeccionado el edificio con antelación. Sloan tomó a Lainie en brazos, empujó la puerta de servicio y salió al aparcamiento trasero. Luego la depositó con premura en el suelo y se arrodilló junto a ella para tomarle el pulso y examinar las heridas. Ella abrió los ojos de repente y mostró una mirada en estado de shock, pero no dolorida.

Aliviado, Sloan inspeccionó los alrededores y decidió que todo estaba tranquilo, aunque sabía que en la brillante tarde de sol, Lainie no pasaría desapercibida. Tendrían que correr hasta su camioneta, así que la levantó y la tomó de la cintura para emprender la huida.

-Mi... mi hermana, ayúdela, por favor.

-¡Silencio! -susurró él-. Ya habrá personal sanitario atendiendo a los heridos. Tenemos que irnos. Estás en peligro.

Emprendieron la carrera sorteando medio agachados los coches.

-¡Espera! -gritó Lainie-. No puedo...

Él no la hizo caso, pero se alegró de que su voz sonara firme. No parecía tener heridas de gravedad. En realidad era posible que no hubiera recibido ni un solo balazo. Más tarde lo comprobaría, en aquel momento no había tiempo. Hasta entonces se habían movido furtivamente, pero Sloan se decidió de pronto por la velocidad, había que llegar a la camioneta lo antes posible. Al cabo de unos metros, se sacó las llaves del bolsillo y accionó el botón electrónico de apertura de las puertas, reconociendo de inmediato los pitidos de su camioneta y dándose cuenta de que acababa de cometer un error. Pero ya era demasiado tarde para lamentarlo.

Sloan la echó sobre el asiento del pasajero y cerró de un portazo antes de correr hacia su puesto al frente del volante. Consiguió poner el coche en marcha y salir a toda velocidad mientras oía una ráfaga de balazos que cruzaba el trozo de asfalto que acababan de abandonar.

-Estáte agachada -le advirtió él.

-Tengo que volver -dijo ella levantando la cabeza-. Mi hermana... y todos los demás... Necesitan ayuda. Tengo que ayudarlos.

-La policía se ocupará de todo. Mantente agachada.

Lainie se dio un golpe en la cabeza contra el salpicadero mientras se dejaba caer al suelo al tiempo que la camioneta giraba violentamente a la salida del aparcamiento.

Después de tomar una amplia bocanada de aire, ella se dignó a echar una mirada al vaquero que acababa de hacerse con las riendas de su vida. Lo primero que vio fueron unas inmaculadas botas de cuero y un sombrero texano de color blanco. Se preguntó durante un instante si estaría siendo objeto de un secuestro, pero antes de que ese pensamiento llegara a calar en su cerebro, la camioneta giró ciento ochenta grados sobre dos ruedas. .

Unos segundos más tarde, él sonrió y retomó una conducción más segura. Fue en ese momento cuando ella se dio cuenta de la placa que llevaba ese hombre sobre la solapa izquierda. Su madre le había dicho que el capitán Chet Johnson iba a enviar a una persona de su confianza esa tarde para que la protegiera. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí. Sargento Sloan Abbott, de los rangers de Texas.

—Nos sigue una furgoneta negra —dijo él con los ojos fijos en el espejo retrovisor.

-¿Nos siguen? ¿Por qué?

Él le lanzó una breve mirada oscura.

-No sé si te has dado cuenta, pero acaban de tirotearte hace unos minutos.

Lainie se acordó del estrépito que había causado la pared de cristal del vestíbulo al romperse mientras ella bromeaba con su hermana.

Ambas habían caído al suelo de inmediato por la onda expansiva. Pero Suzy... ¿estaría herida su hermana?

—Por favor —gritó por encima del ruido del motor-. Tenemos que volver para asegurarnos de que todo el mundo está bien.

-La policía y las ambulancias ya estarán allí -musitó él-. Ellos son los profesionales, nosotros no haríamos sino estorbar -añadió haciendo girar la camioneta en un cambio de sentido.

Lainie se vio por primera vez la ropa ensangrentada.

-¿Estás herida? -preguntó el sargento.

-No lo sé..., creo que no -pero se sentía tan entumecida por la postura que no hubiera podido jurarlo.

-La furgoneta negra tiene las ventanas laterales oscurecidas, pero puedo ver al menos a tres hombres por el parabrisas delantero. Voy a librarme de ellos. Después de la siguiente manzana, giraremos violentamente para entrar en la autopista. ¿Estás preparada, Lainie?

Ella asintió sabiendo que no tenía más remedio que estarlo.

-Tú eres Sloan Abbott, ¿no?

Él asintió, pero no se molestó en hablar. Las ruedas de la camioneta chirriaron su protesta al girar bruscamente a la derecha antes de acelerar por lo que parecía una cuesta, seguramente la rampa de acceso a la autopista que él había anunciado, aunque Lainie no sabía de cuál se trataba. El edificio del periódico estaba cerca de al menos seis carreteras interestatales diferentes, pero como no podía mirar por la ventana, tampoco podía orientarse.

Sloan estiró el brazo de repente y la tironeó de la blusa.

-Ya puede levantarse, señorita Gardner.

Lainie gruñó, pero hizo exactamente lo que él le había indicado. Se sentó, se abrochó el cinturón de seguridad y se agarró a la puerta. Iban a toda velocidad y el paisaje exterior era borroso. Ella miró a Sloan mientras éste seguía su temeraria carrera cruzándose de un carril a otro constantemente. Tenía una mandíbula fuerte y firme y sus ojos estaban clavados en la carretera. Sin duda, era un hombre guapo con el que le hubiera gustado flirtear en otros tiempos. Su aspecto era fuerte y ligeramente peligroso. Justo lo que se esperaba de un defensor de la ley. Lo vio echar una nueva mirada al retrovisor y acelerar de improviso. La furgoneta negra seguía detrás de ellos y sólo les separaban tres o cuatro coches.

¿Estaba todo ese asunto relacionado con las cartas de amenaza que había recibido?, se preguntó Lainie. Ella no se las había tomado en serio, había pensado que eran simples bromas de mal gusto, no una realidad. La policía de Houston tampoco les había dado demasiada importancia. Pero después del tiroteo y de la persecución, ya no

quedaba duda de que el asunto iba en serio. Silenciosamente dio las gracias a su madre por haberse puesto en contacto con el capitán Chet Johnson. Al menos él sí se había tomado en serio la amenaza, tanto como para buscarle un guardaespaldas que estaba de permiso. La mera idea de llevar guardaespaldas le había parecido una ridiculez al principio. De hecho, había amonestado a su madre por preocuparse en exceso. Pero pronto tendría que disculparse ante ella.

-Agárrate -dijo Sloan-, vamos a quitárnoslos de encima.

Él pisó el acelerador y se lanzó hacia la izquierda para tomar la siguiente salida de la autopista. Con un par de hábiles maniobras, cruzó por un puente y entró en la misma autopista que acababan de dejar, pero en sentido contrario.

Lainie estaba segura de que la furgoneta ya no les seguía. Reconoció el paisaje y supo que habían hecho unos kilómetros en dirección a Louisiana. Pero en ese momento iban de regreso hacia el centro de la ciudad.

-¿Adonde vamos? -preguntó.

Haciéndole caso omiso, él se metió la mano en el bolsillo y sacó un teléfono móvil. Marcó un número y la miró con los ojos entornados mientras empezaba a hablar. Ella se dio cuenta de que mencionaba su nombre y que comentaba algo sobre la policía de Houston. Adivinó que debía estar hablando con su jefe, el capitán Johnson. Lainie también deseaba hablar con él.

—De acuerdo. Código veintisiete —dijo él antes de colgar.

-Espera, quería hablar con él -se quejó Lainie.

-Lo siento. El capitán me ha dicho que la policía de Houston quiere tomarnos declaración, pero van a tener que esperar hasta mañana. Ahora es demasiado arriesgado.

-Pero no le has preguntado cómo estaba mi hermana. Tengo que saber qué le ha pasado... qué les ha pasado a todos —dijo Lainie sintiéndose un poco fuera de control, algo a lo que no estaba acostumbrada.

-Lo importante en este momento es ponerte a salvo y mantenerte con vida. El tiroteo en el periódico cesó en cuanto tú desapareciste.

Ella trató de calmarse.

-Pero... ¿adonde vamos?

—Vamos a desaparecer. Buscaremos un sitio tranquilo que sea imposible de encontrar. De momento, pararemos en el motel más sórdido que hallemos para descansar y conocernos un poco mejor.

Sloan chasqueó la lengua al ver la expresión de horror que se había dibujado en el rostro de Lainie al oír hablar de un motel sórdido. Sus enormes ojos verdes estaban llenos de espanto. O bien le horrorizaba

la idea de bajar tanto en la escala social de repente, o bien le atemorizaba la idea de que llegaran a conocerse mejor.

Pero él tenía otra imagen en la cabeza: la de ella tumbada sobre la cama, sudorosa, sin aliento y satisfecha después de haber sido amada... por él. Sin embargo, no era el momento de dejarse llevar por tales fantasías. Había que concentrarse en salvar la vida de Lainie. Al parecer el acosador había contratado a criminales profesionales. Y ese tipo de comportamiento no encajaba con la descripción habitual de un perturbado. La mayoría de los locos querían mantener una última conversación con sus víctimas antes de matarlas.

Sloan encontró lo que estaba buscando al lado de un vertedero de basura en la zona de

Westheimer. El motel Trail tenía un aparcamiento cubierto por una arboleda, que permitiría que su camioneta resultara invisible.

Paró el motor y miró a Lainie. La imagen era terrible, toda su ropa estaba manchada de sangre y tenía el cabello lleno de pequeñas esquirlas de cristal. Se preguntó si no debería haberla llevado a un hospital en vez de a un lugar sucio y destartalado.

-No me has contestado aún, Lainie. ¿Estás herida?

-No, creo que no me alcanzó ninguna de las balas. Lo que no sé es de dónde ha salido toda esta sangre.

-Quédate aquí sentada mientras pido una habitación, y no te muevas. Luego nos ocuparemos de comprobar si tienes heridas.

-¿Vamos a quedarnos en este sitio?

-Sólo el tiempo necesario para preparar un plan -dijo él mientras se bajaba de la camioneta—. Y, ahora, estáte quieta y espera a que regrese. Evita cualquier movimiento brusco hasta que te hayamos retirado las esquirlas de cristal del pelo, podrían metérsete en un ojo.

¿Esquirlas en los ojos?, se preguntó Lainie, súbitamente inundada por un pánico frenético. Tuvo miedo de ponerse a llorar y contuvo los temblores para evitar las esquirlas.

Pero no era el hecho de tener algún corte lo que más le aterrorizaba. No. Era la idea de que alguien quisiera verla muerta. Deseaba hablar con su hermana, Suzy siempre había sido capaz de calmarla. Pero ella podría estar en esos momentos en algún hospital debatiéndose entre la vida y la muerte. Ese pensamiento inconcebible la debilitó.

Se concentró en la idea de que iba a pasar la noche con ese agente de la ley, un hombre que parecía fuerte y capaz, en un motel venido a menos. Además, era guapo, se dijo sin poder comprender cómo algo tan irrelevante podía ocupar sus pensamientos.

Tenía que empezar a pensar con claridad. Ella era lo

suficientemente inteligente como para burlar la persecución de cualquier agresor, lo único que tenía que hacer era concentrarse en el problema.

Los cierres de seguridad de la camioneta saltaron con un chasquido y Sloan abrió la puerta del pasajero.

-La esperan en el castillo, señora -dijo.

No pensaba permitirle andar hasta la habitación mal pintada de color verde pistacho, así que la tomó en brazos y la llevó hasta la puerta.

Ella no pudo evitar regocijarse en el contacto de sus cuerpos.

-Cierra los ojos -dijo él, después de soltarla.

-¿Para qué?

-Antes de nada debemos quitarte todas las pequeñas esquirlas de cristal que tienes en el pelo.

—Ah —exclamó ella, cerrando los ojos con cuidado.

Sloan abrió la caja de primeros auxilios que siempre llevaba en la camioneta y con una toallita de algodón empezó a retirar las esquirlas que ella tenía en la cara y el cuello, sin poder evitar maravillarse ante lo cremoso y suave de su piel. Se quedó fascinado durante un instante con las diminutas pecas que cubrían el puente de su nariz, pensando que esas imperfecciones sólo conseguían hacerla más atractiva a sus ojos.

Tratando de concentrarse en su trabajo, le pasó el algodón por las pestañas, pero la súbita necesidad de besarla le puso nervioso. Apenas recordaba cuál era la última vez que una mujer le había causado tanto efecto. Hacía meses que no se molestaba en concertar una cita amorosa, las mujeres habían dejado de ser una prioridad para él... hasta ese preciso momento. Rechinó los dientes y continuó su trabajo. Cuando empezó a limpiarle el pelo se dio cuenta de que la sangre que lo manchaba se había secado. En cualquier caso, eso demostraba que, si había sangrado, la hemorragia ya se había detenido. Se calmó al saber que ella no necesitaba una cura de urgencia, pero al cabo de un instante se encontró deseando hundir sus dedos en la espesa melena pelirroja. No obstante, continuó con su trabajo.

-Lo he hecho lo mejor que he podido -dijo al fin-. ¿Necesitas ayuda para quitarte la ropa?

-¿Qué? -se alarmó ella abriendo los ojos de pronto.

Él tuvo que mantener una dura lucha interna para dejar de imaginársela desnuda.

-Tienes que quitarte la ropa para que comprobemos si tienes algún corte -dijo él con la mayor serenidad posible.

-Creo que puedo hacerlo sola, gracias -repuso ella con una sonrisa

tensa-. Pero me gustaría hacer una llamada telefónica, si no te importa.

-Nada de llamadas -prohibió él acercándose al teléfono para arrancar el cable de la pared y guardárselo en un bolsillo.

-¡Eh! -gritó ella con una mirada asesina-. ¿Por qué haces eso?

-¿A quién tienes que llamar, Lainie? ¿A tu novio? -preguntó dándose cuenta de que el hecho de que ella tuviera novio no era asunto suyo.

-No, no tengo novio. Estoy demasiado ocupada como para pensar en esas cosas. Se trata de mi hermana -añadió agarrándole del brazo-. Tengo que enterarme de cómo está -dijo con tono alterado-. Acabo de darme cuenta de que si esta sangre no es mía... debe ser suya. No tenía que haberla dejado sola.

-Tú no la dejaste, fui yo quien te alejó de allí. Los disparos iban dirigidos a ti, no a ella. La única manera de detener el tiroteo era sacarte de allí —aseguró él sacándose de nuevo el teléfono móvil del bolsillo-. Date una ducha y mira a ver si tienes alguna herida que necesite puntos. Voy a salir afuera para hablar con el capitán otra vez, para que sepa que en estos momentos estás a salvo. Preguntaré por tu hermana.

En ese instante, sin saber muy bien por qué,

Sloan sintió la necesidad de borrar del rostro de ella la congoja y la preocupación. Y creyó que obtendría buenos resultados provocándola.

-¿Se puede saber por qué diablos no te quedaste en tu despacho para esperarme, tal y como se te había pedido? Cualquiera con dos dedos de frente se habría dado cuenta de que no era conveniente que supieran que estabas en la oficina sabiendo que estabas amenazada de muerte.

La reprimenda pareció causar el efecto esperado en ella. En vez de miedo, se vio inundada por la furia. Entrecerró los ojos y puso los brazos en jarras.

—¿Piensas que debería haberme acobardado y haber esperado a que un hombre aguerrido llegara para rescatarme? ¿Es eso lo que quieres decir?

Sloan había supuesto que ella tendría genio y había acertado. Era típico de las pelirrojas.

-Escucha, encanto. Desde este preciso momento y hasta que se capture al agresor, vas a hacer exactamente lo que yo te diga -los ojos de ella llamearon-. Y ahora sé buena chica y quítate esa ropa.

Ella apretó los puños y lo miró con desafío, pero Sloan hizo una retirada estratégica y la dejó a solas, no sin admirar la fuerza de aquellos ojos.

Él nunca se había propuesto convertirse en guardaespaldas, pero no había podido negarse a la petición del hombre que más respetaba en la vida. En realidad, debería haber emprendido un largo viaje para cumplir el último deseo de su madre, que era la verdadera razón por la que había pedido permiso a sus superiores en los rangers para ausentarse. Y sin embargo, estaba cuidando de una mujer caprichosa y con mal genio. Y

Capítulo Dos

Hecha una furia, Lainie soltó una retahíla de palabras insultantes hacia la puerta que se acababa de cerrar detrás de Sloan. Enfadarse con él parecía ser la única forma de sobrellevar sus conflictivas emociones.

Sin embargo, ella no solía utilizar palabras gruesas. Y ni siquiera sabía dónde había aprendido las que acababa de pronunciar. ¿Qué le estaba pasando? Pues que estaba mucho más asustada de lo que era capaz de reconocer y casi histérica al pensar en la suerte de su hermana. Pero nada de todo eso explicaba la lujuria que la invadía al ver a Sloan con su media sonrisa burlona. Los chispazos de calor interno y la debilidad en las piernas que su mirada causaba en ella daban vitalidad a un deseo puro y muy antiguo. De hecho, la furia la había excitado. ¿Hasta qué punto podía llegar la tontería de una mujer inteligente? Sintió cómo todo su cuerpo se estremecía, y esperó que sólo fuera una tardía reacción a los acontecimientos de la mañana. Lainie luchó contra sus emociones para recuperar el control por el que era famosa. Siempre había sido capaz de hacerse cargo de las situaciones y ésa no iba a ser una excepción. El peligro había pasado y era necesario ponerse a pensar en vez de sentir.

Pero sólo podía concentrarse en la excitación que habían mostrado los ojos de color avellana de Sloan antes de volverse hacia la puerta. «Dios santo, ayúdame», se dijo. El estrés la debía estar volviendo completamente loca.

Lainie no solía poner reparos a una sesión de sexo sano. De hecho había tenido un par de novios expertos en ello durante su juventud, pero hacía ya mucho tiempo de aquello. Y, aparte de todo, no era la clásica mujer que se mete en la cama con desconocidos, por mucho que ése en concreto le hubiera salvado la vida.

Cerró los ojos para tratar de reflexionar sobre su situación, pero sólo consiguió volver a experimentar otro estremecimiento. Al abrirlos, se propuso estudiar la habitación para que su mente cambiara de tema. «Por Dios, qué sitio tan horrible para esconderse». Una silla barata, un vetusto equipo de televisión y una barra con perchas al lado de la cama, eso era todo. El lugar olía a tabaco rancio y la atmósfera era deprimente.

Lainie estudió el cuarto de baño y encontró dos vasos de plástico metidos en una bolsa, un cenicero verde y la pastilla de jabón más

pequeña que había visto en toda su vida. Había dos toallas amarillas y la cortina de la ducha colgaba medio descompuesta de una barra oxidada. El colmo del lujo, se dijo.

A pesar de que odiaba la idea de desnudarse en ese sitio, tampoco estaba dispuesta a seguir con el cuerpo lleno de esquirlas de cristal. Con un suspiro de desaliento, Lainie tomó una toalla y se la enrolló en la cabeza, antes de proceder a desvestirse con todo cuidado para meterse en la ducha.

Sloan mecía dos latas de refresco en una mano mientras con la otra buscaba la llave de la habitación del motel. La insertó en la cerradura y la giró suponiendo que iba a encontrarse con que el acceso le quedaba impedido por la cadena de seguridad o por algún mueble pesado. Pero no ocurrió, así que la abrió y entró en la habitación.

Le había concedido a Lainie media hora larga y tenía la esperanza de que ella hubiera tenido la oportunidad de calmarse y darse una ducha. De hecho, la idea de darse él mismo una ducha fría le había parecido tentadora antes de abandonar la habitación.

La puerta del baño estaba entornada y se podía oír cómo corría el agua.

—¡Lainie! Soy yo —le gritó para que no se asustara.

-Espera, ahora salgo.

Unos segundos más tarde se cortó el chorro de agua y ella apareció bajo el dintel del cuarto de baño, con el pelo mojado y tapándose apenas las partes fundamentales de su cuerpo desnudo con la minúscula toalla.

Él se permitió dedicarle una generosa mirada, deteniéndose en la longitud de sus piernas, y estuvo a punto de morderse la lengua. Se veía completamente dispuesto a acariciar toda aquella piel.

-Hura... lo siento -musitó-. Creí que habrías terminado de ducharte ya. Puedo irme a dar un paseo y volver más tarde.

-No serviría de nada. Mi ropa estaba tan llena de esquirlas de cristal que decidí aclararla en la ducha. Pero acabo de darme cuenta de que no estará seca hasta mañana. ¿Qué voy a hacer?

A él se le ocurrieron por lo menos media docena de cosas que podrían hacerse, y todas ellas estaban relacionadas con él y con la cama.

-¿Has probado a envolverte en la colcha de la cama?

-Pesa demasiado. No podría andar con ella a cuestas.

-Tengo un chubasquero en la camioneta. No es una prenda de última moda, pero servirá para cubrirte -dijo él perdiéndose en la profundidad de sus ojos verdes.

-Sí, con un chubasquero servirá. Gracias. ¿Qué has averiguado

sobre mi hermana?

-El capitán Johnson me ha dicho que está en el hospital y que los médicos creen que va a recuperarse del todo, aunque aún no se conoce el pronóstico definitivo de sus heridas. Nos llamará más tarde.

-De acuerdo -se conformó Lainie conteniendo un sollozo-. ¿De veras que va a ponerse bien? Gracias a Dios.

Ella parecía triste y desamparada, sintió viéndola allí desnuda y apenas cubierta por una toalla. Sloan sintió algo por ella que iba más allá del puro deseo, pero no sabía lo que era.

Antes de volverse para ir a la camioneta, le ofreció un refresco.

-¿Tienes sed? -preguntó agitando levemente la lata.

-Sí, muchas gracias -repuso ella débilmente.

Durante un instante, él se planteó la posibilidad de abrazarla para reconfortarla, pero eso no resultaría demasiado profesional.

Sloan dejó las dos latas sobre la cama y regresó con el chubasquero antes de que ella pudiera moverse del sitio.

-Toma el chubasquero.

Ella lo tomó y dio un par de pasos hacia atrás para meterse en el cuarto de baño y cerrar la puerta. Un minuto más tarde, volvió a presentarse vestida con el impermeable completamente abrochado, que le llegaba hasta los tobillos.

-Gracias de nuevo. Así estoy mejor -dijo ella doblándose las mangas-. Y gracias por el refresco -añadió bebiendo un largo sorbo-. No me había dado cuenta de lo seca que tenía la garganta.

-Ha sido un placer. ¿Tienes hambre? Hay una cafetería a quinientos metros y podríamos ir a comer algo -dijo él pensando que su papel de guardaespaldas también incluía lograr el bienestar de su protegida.

-No puedo pensar en comida -gimió Lainie llevándose las manos al rostro antes de dejarse caer sobre la cama-. Sólo puedo pensar en Suzy. En lo que le he hecho a mi hermana.

Sloan no podía soportar verla derrumbarse, así que se sentó junto a ella y le pasó un brazo por los hombros.

-Tú no le has hecho nada a nadie -dijo con tono apaciguador-. No eres tú la que ha disparado en un vestíbulo lleno de gente. ¿Lo entiendes?

Ella le dirigió una mirada llena de tristeza.

-Sí, claro. Pero debería haber prestado mayor atención a las amenazas. Y debería haberte esperado en mi despacho. Yo soy la que tengo la culpa de que estuviera a mi lado en ese vestíbulo.

-Tranquila. La vida está llena de imprevistos. Y culparte a ti misma no soluciona nada. Si sigues así solo conseguirás sufrir más de la

cuenta —dijo él con sentimiento.

—¿Puedo ver a Suzy? ¿Podemos ir al hospital?

-Lo siento. El capitán me pidió que no nos moviéramos por esta noche. Incluso si supiéramos dónde está tu hermana, sería demasiado arriesgado. Un hospital es un lugar público y predecible.

-¿Quieres decir que alguien podrá estar esperándome en el hospital para matarme?

-Es una posibilidad.

-¿Quién puede estar pensando en hacer una cosa así? ¿Por qué desea hacerme tanto daño?

-Un par de preguntas interesantes. ¿Podemos hablar de ello mientras comemos algo?

-De acuerdo. Creo que podría con una ensalada.

Él alzó una ceja y la miró desde el húmedo cabello hasta los pies desnudos.

-Iremos andando, no podemos permitirnos el lujo de que nadie reconozca la camioneta. Será mejor que se ponga los zapatos, señorita Gardner -dijo antes de obsequiarla con una amplia sonrisa-. Pero no espere encontrar ensaladas en este tugurio, tendrá que conformarse con una simple hamburguesa.

Media hora más tarde, Lainie estaba sentada a la mesa del restaurante, bien arropada por el impermeable. Trataba de decidirse entre un taco de ensalada o un plato de enchiladas. Ya se había tomado un vaso de té dulce y estaba a punto de dar cuenta de un plato de patatas fritas.

-Pensaba que sólo te apetecía la ensalada -murmuró Sloan desde el lado opuesto de la mesa-. Hemos andado más de la cuenta para encontrar este sitio y ahora pareces tener más hambre.

-Pediré las enchiladas -repuso ella. Desde que el capitán Johnson había llamado para confirmar que Suzy se encontraba relativamente bien, el apetito de Lainie se había multiplicado.

Sloan se había quitado el sombrero y ella había podido comprobar que su cabello era del mismo color que sus ojos, castaño con mechones más claros y una guedeja cayendo sobre su frente.

-Creo que tenemos un gran problema.

-¿Un problema peor que estar aquí sentada con un impermeable que me llega hasta los tobillos?

-Las cosas podrían empeorar.

-¿De veras?

-Me temo que no vas a poder volver a casa durante una temporada.

-¿Qué? ¿Por qué no? -preguntó ella irritada mientras se tragaba el último bocado.

-No podrías disponer de una protección adecuada si vuelves a tu rutina habitual. En cuanto declares delante de la policía, tú y yo tendremos que desaparecer. Es buen momento para pensar en unas mini vacaciones, en un lugar donde nadie reconozca tu rostro.

—Tengo que trabajar. Mi hermana está en el hospital y alguien tiene que escribir esas columnas. He firmado un contrato para aconsejar a gente que necesita desesperadamente mi ayuda.

-¿Tu hermana escribe las columnas?

-Yo doy el consejo y ella se ocupa de que aparezca en la columna según mis gustos.

-Había oído decir que los columnistas tenían siempre preparadas columnas de repuesto para prevenir este tipo de casos. ¿Qué pasaría si te pusieras enferma o cualquier otra cosa?

-Sí, tengo varios temas preparados. Pero incluso así, tengo que ocuparme de que se escriban como debe ser.

-¿No podrías darle instrucciones a alguien y hacer las correcciones por Internet?

-Supongo que sí -admitió ella con un suspiro.

-Genial. Un problema resuelto. Podemos conseguir que el capitán nos mande un ordenador portátil. Ahora nuestra misión consiste en encontrar un lugar donde ocultarnos.

—Si son sólo vacaciones... ¿por qué no nos vamos a un hotel turístico de cinco estrellas? Sé de un sitio en Hawai al que me apetece mucho ir.

-Por un lado, porque no creo que el capitán Johnson pueda permitírselo -repuso él después de contener un chasquido de la lengua-. Y, por otro, necesitamos un sitio donde nadie pueda reconocerte, ¿recuerdas?

-¿Y por qué tendría que pagarlo el capitán Johnson? Yo tengo dinero, me basta con una tarjeta de crédito.

Sloan trató de mantener la calma.

-Eso tendría sentido si conservaras alguna de tus tarjetas de crédito. Y...

-¡Mi bolso! Se me había olvidado que lo debí dejar caer en el vestíbulo -dijo ella sufriendo un ataque de pánico.

-No te preocupes, estoy seguro de que la policía lo habrá encontrado. Y, de todas maneras, no puedes usar tarjetas de crédito. Se les puede seguir la pista muy fácilmente. Desde este preciso momento tendremos que pagar siempre en efectivo.

Ella lo miró y él se sintió satisfecho por haber tomado la precaución de llevarse algo de dinero suelto por la mañana.

-Uno de mis compañeros en los rangers -prosiguió Sloan-, tiene una

cabaña en las montañas. Está en venta, pero no creo que le importe que la ocupemos durante unos días. ¿Qué te parece?

-No está mal.

-Le llamaré y se lo diré. Mientras... deberíamos volver a la habitación del motel y tratar de dormir un poco.

-¿Juntos en esa habitación? -se escandalizó ella con ojos llameantes de furia-. Ni loca.

-Te diré lo que podemos hacer si no te gusta ese plan, cariño. Puesto que no tienes dinero, te ofrezco la camioneta para que duermas en ella. El asiento del pasajero se reclina. No creo que sea demasiado incómodo, aunque puede hacer frío por la noche. Espero que no te congeles.

Para Sloan fue una sorpresa excitante ver cómo sus mejillas se teñían de rojo al verse atrapada en un camino sin salida.

-De acuerdo -farfulló ella-. Podemos pasar la noche juntos en esa pequeña choza, si insistes. Pero empieza a rezar ya para que la bañera sea cómoda porque ahí es donde vas a dormir. No existe ni la menor posibilidad de que compartamos la misma cama.

Capítulo Tres

-Entonces -dijo Lainie una vez en la habitación-, ¿cuál es tu plan para la noche? ¿Dónde piensas dormir?

Sloan se dejó caer sobre la cama de matrimonio y se estiró cuan largo era.

-La cama no está nada mal. Pruébala tú misma.

La mirada de ira contenida que ella le dirigió fue preciosa. A Sloan le encantaba ponerla a prueba, ¿por qué sería? Pero como ella continuaba de pie sin decir palabra, él decidió cambiar de táctica.

-Venga, es pronto aún, siéntate y háblame de tu trabajo. Quizá, si pensamos los dos a la vez, podamos dar con la clave de por qué quieren matarte -dijo colocando la almohada contra la pared para que ella pudiera acomodarse.

Cuando ella se puso a comprobar que el impermeable seguía abrochado de los pies a la cabeza, él evitó chasquear la lengua y echarse a reír. Ya se sentía lo suficientemente inseguro con ella como para encima preocuparse del estado de esa mujer.

Lainie se tumbó tan lejos de él como pudo.

-Puede que tengas razón. Me siento demasiado tensa como para dormir, -él se permitió una media sonrisa mientras ella se quitaba los zapatos-. De acuerdo, ¿qué es lo que quieres saber?

-Bueno -dijo él mientras se desataba las botas-, creo que debemos empezar por charlar sin un criterio preestablecido. Ya sabes, cuéntame en qué consiste tu rutina diaria, qué tipo de cartas recibes, ese tipo de cosas.

-Eso es muy aburrido. ¿Estás seguro de que saber ese tipo de cosas puede ser de ayuda?

-Nunca se sabe. Además, ¿qué otra cosa podríamos hacer?

En el momento en el que lo dijo, su mente se llenó de imágenes eróticas, pero Lainie parecía no haberse dado cuenta.

-Empiezo el día a las seis y media de la mañana. Suzy y yo corremos todas las mañanas, es la única forma de mantener el corazón sano.

-¿Tu hermana vive contigo?

Ella pareció sorprendida durante un instante.

-Ah, ya. No sabes nada de mi familia.

-El capitán Johnson sólo me dijo que eres una mujer soltera y que tu madre era una amiga muy querida de él desde hacía mucho tiempo. Supuse que vivirías sola o con tu madre.

Lainie sonrió y se cruzó las manos sobre el estómago.

—A medias. Vivo sola, pero también vivo con mi familia. Hace unos años compré una casa grande en un buen barrio de Houston que tenía un pabellón de invitados a pocos metros de la principal. La compré con la idea de ceder e] pabellón a mi hermana y a su marido. Pero cuando llegó el momento de mudarnos, me di cuenta de que ellos estarían mucho más cómodos en la casa grande y cambiamos de planes.

-Así que tú te instalaste en el pabellón de invitados.

-Sí, pero no representó para mí ningún sacrificio. El pabellón es muy acogedor y su tamaño, perfecto para mis necesidades. Además, Jeff, mi cuñado, adora celebrar reuniones y fiestas. Y, algún día, ellos dos tendrán un montón de críos. Una no es nadie si no tiene a la familia cerca.

-Pero tú eres la propietaria de las dos casas, ¿no?

-Efectivamente. De hecho, el año pasado compré la casa de una vecina, ya muy mayor, que falleció. Fue una buena decisión. Mi padre acababa de tener una embolia e insistí en que mi madre y él se instalaran allí. Supongo que se podría decir que formamos una familia unida.

Para Sloan la simple idea de estar rodeado de gente todo el tiempo resultaba espantosa, peor aún si se trataba de la propia familia.

-Suena muy acogedor -dijo repitiendo las palabras de ella-. Así que tu padre aún vive... ¿trabaja?

-Está completamente incapacitado, vive en una silla de ruedas.

-Y tu cuñado... ¿qué hace para ganarse la vida?

-Bueno, Jeff dirige ahora el bar de mi padre. No se gana demasiado en ese negocio, sobre todo porque no está abierto todo el día. Mi madre lleva la contabilidad.

Sloan se hizo una imagen mental de la situación. Al parecer, Lainie era la única que aportaba unos ingresos razonables en esa familia. Se preguntó si sería consciente de las tensiones que se podrían provocar en el seno de una familia cuando una sola persona llevaba las riendas de los gastos.

-Deja que me aclare. Entonces, toda tu familia vive en tus casas a cambio de nada.

-No podría permitir que ninguno de ellos me pagara un alquiler.

-Ya, pero tú eres la única persona de la familia que gana un buen sueldo, ¿no?

-Mi hermana también trabaja mucho en el periódico.

-No lo dudo, pero tú eres su jefa, ¿verdad?

-Sí, pero...

-Entonces, si tú no existieras... ¿qué pasaría con el resto de la familia?

-Me he ocupado de ellos en mi testamento, por supuesto. Y creo que Suzy podría hacer la columna durante un tiempo si yo estuviera enferma.

-Me da la impresión de que a todos les interesa enormemente que sigas viva.

-Eso no es justo -dijo ella poniéndose en pie para empezar a pasear por la habitación-. Son mi familia. Todas las familias tienen problemas ,pero eso no significa que no se quieran. Supongo que no pones en duda que la familia es lo más importante del mundo, a pesar de los inconvenientes. Estoy segura de que tú tienes tus propios problemas con la tuya. Le pasa a todo el mundo.

El silencio de él fue muy expresivo y Lainie dedujo que algo le molestaba profundamente.

-No tengo familia -dijo él al cabo de un instante.

-¿No tienes a nadie? ¿Ni a una mujer... o ex mujer... o hijos?

-Nunca he estado casado.

-Pero debes de tener padres. ¿O eres huérfano? -preguntó ella volviendo a sentarse de nuevo sin quitarle los ojos de encima.

-No, mi madre murió en diciembre.

-¿Hace sólo tres meses? Lo siento, Sloan. ¿Estabais muy unidos?

-En realidad, no. No iba a visitarla con frecuencia. La última vez pudo ser hace unos seis años o así.

—Bueno, puede que no sea cosa mía, pero... ¿os distanciasteis por algún motivo en particular? Muchas de mis columnas hablan de la culpa que sienten las personas al perder a un ser querido. Lo peor es cuando se dan cuenta de que han perdido la última oportunidad de arreglar sus desavenencias.

Sloan se puso en pie y se quitó la chaqueta. Lainie pudo ver por primera vez la pistola que colgaba de su cinto.

-Tienes razón -dijo mientras se desanudaba la corbata-, no es asunto tuyo.

Ese comentario la puso en su sitio. Tendría que haberse dado cuenta de que intimar tan rápido con una agente de la ley no era una idea muy acertada.

-Tengo un botiquín de emergencia en la camioneta -prosiguió él-. ¿Quieres que te traiga un cepillo de dientes o alguna otra cosa? Puedes dormir con una de mis camisetas, si quieres -añadió dejando la placa y la pistola encima de la televisión.

-No pienso dormir contigo, de ninguna de las maneras.

-Haz lo que quieras -repuso él soltándose el cinturón-. ¿Te importa

si enciendo la televisión un rato? Duermo mejor con un poco de ruido.

-¿De verdad puedes pensar en dormir en esta situación?

-Estoy cansado. Y también sería muy inteligente por tu parte si consiguieras descansar durante unas horas. Mañana tenemos muchas cosas que hacer.

Ella se cruzó de brazos para decirle lo que opinaba, pero se vio atraída por las imágenes en la televisión del edifico del periódico tiroteado. Escuchó la información y cuando se volvió, él ya estaba completamente dormido. Rezó para que no roncara.

Lainie se levantó y se encaminó hacia el cuarto de baño. Una vez lista para dormir, apagó la televisión, se acurrucó en un extremo de la cama y rezó de nuevo para que el gigante que dormía a su lado no se diera la vuelta sobre ella. Intentó pensar con claridad en su situación, para examinar las opciones, pero cuanto más pensaba más pesados se mostraban sus párpados pese a que no tenía intención de dormir.

Sloan se despertó y notó que no podía mover uno de los hombros. Trató de sacudirse, pero se encontró atrapado entre un mar de brazos y piernas de suaves curvas femeninas. La cabeza de Lainie descansaba sobre su hombro. Su rostro era angelical.

Aspiró el aroma de la mujer vestida con el impermeable. Sintió que su respiración pausada era pacífica y le resultaba íntima y familiar. Nunca había conocido a una mujer como ésa.

Jamás había pasado una noche entera en la cama con una mujer. La rutina matinal no se acoplaba a su liberado estilo de vida. ¿Por qué mezclar el sexo con la dificultad de despedirse caballerosamente?

Pero había algo en Lainie que le había impactado. ¿Cómo había conseguido esa mujer de fiero temperamento hacerle sentir como si estuviera en casa envuelto en un ambiente de ternura?

Antes de pensárselo, Sloan le recogió el pelo detrás de la oreja. Era seda pura de color rojo oscuro. La sangre le bulló en el cuerpo y tuvo que recordarse que sólo era su protegida. Pero comprendió que era una mujer orientada al amor familiar, dedicada a dar consejos consoladores a sus lectores.

Sloan consultó el reloj y se dio cuenta de que iba a amanecer. Era buena hora para consultar sus planes con el capitán y olvidar de paso a esa erótica belleza. Se desprendió de ella con cuidado y se puso en pie mientras observaba cómo ella se cambiaba de postura para ponerse cómoda. Luego se fue a por su neceser y se metió en la ducha.

En el sueño, Lainie estaba sola bajo una gélida lluvia mientras la niebla estorbaba su visión. Había un hombre en algún lugar, un hombre al que no podía ver, pero que la quería matar. En su búsqueda de un lugar para esconderse, tuvo la impresión de que el asesino era

alguien conocido.

-No trates de ocultarte, Lainie -dijo la voz del hombre.

¿Quién podría ser? La voz le resultaba terriblemente familiar. Quizá era algún compañero de trabajo. Pero... ¿por qué querría hacerla daño? De pronto, vio la cara del hombre: era Sloan. Ella gritó y salió corriendo mientras él la llamaba. De pronto sintió una mano sobre su hombro.

Lainie se despertó asustada.

-¿Qué? ¿Dónde...?

Sloan le zarandeaba el hombro.

-Es hora de levantarse. Acabo de hablar con el capitán Johnson.

Finalmente se encontró lo suficientemente despierta como para reconocer a Sloan. En cuanto vio sus ojos, olvidó los ecos de la pesadilla. Sloan podía ser exigente y molesto, pero desde luego no suponía una amenaza. A no ser que se tuviera en cuenta la amenaza que representaba para su corazón. Quizá era eso lo que significaba el sueño.

Ella estaba segura de que su agresor no era el ranger texano, pero le hubiera gustado hablar con Suzy para que la ayudara a distinguir la voz del extraño que la había hablado en sueños.

-Uf, he tenido un mal sueño -dijo, desperezándose.

-Siento haberte despertado, pero tenemos cosas que hacer.

-¿De veras? -dijo ella tomando un sorbo de la taza de café que él le había entregado. Inmediatamente se sintió mejor, más humana—. ¿Adonde vamos?

-A una estación de policía cercana. Tenemos que rellenar el correspondiente informe sobre lo sucedido ayer.

Lainie se puso en pie y se estiró, arqueando la espalda como un gato perezoso. Sloan pensó que mejor hubiera sido no haber tenido que presenciar tal escena.

-Ponte tu ropa -gruñó él-. Acabo de verla y está seca.

Ella obedeció la orden sin hacer comentario alguno y, al cabo de unos minutos reapareció por la puerta del baño vestida como el día anterior.

-Ni siquiera me has preguntado por mi sueño. Aparecías en él y todo era muy extraño.

-No hay tiempo para eso ahora -dijo él poniéndose el abrigo-. Quizá más tarde.

-De acuerdo, jefe -murmuró ella-. Parece que estás muy seguro de ti mismo, pero... ¿sabes qué?

Él agarró su abrigo y la agarró del hombro. Decidido a no dejarla pronunciar ni una palabra más, la condujo hasta la camioneta.

Sloan navegó por las calles y tomó una salida de la autopista para ir a la comisaría local. Cuando llegaron, dio la vuelta alrededor del edificio seis veces para comprobar que no había problemas, estudió todos los coches aparcados y escrutó los rostros de todos los peatones.

No era probable que alguien se atreviera a disparar delante de una comisaría, pero no quería dejar nada al azar. Aparcaron delante de la puerta y Sloan urgió a Lainie a que entrara en el edificio. Después de un par de discretas preguntas, fueron conducidos a una sala privada.

-Me alegro de veros a los dos -los saludó el capitán Johnson , ofreciéndoles una taza de café-. Lainie, tu madre te manda un saludo y me pide que te diga que todo va bien. La herida de Suzy no es de gran gravedad y podrá abandonar el hospital dentro de un par de días.

Sloan observó cómo Lainie abrazaba al robusto y estoico capitán con los ojos llenos de lágrimas. Luego, cuando se hubo serenado, el capitán les presentó a un detective que los interrogó por separado. Sloan se refugió en una sala de espera con el capitán Johnson mientras Lainie prestaba declaración.

-Así que tienes un plan para protegerla, ¿no?

Sloan asintió y se sentó en una vieja silla.

-Me he puesto en contacto con el sargento Hernández esta mañana, señor. Su cabaña en Guadalupe aún tiene la electricidad dada de alta para que los agentes inmobiliarios puedan enseñarla. Me invitó a que la usáramos.

-A Lainie no le va a gustar estar tan lejos de su familia y de su trabajo por mucho tiempo.

—Me lo imagino —repuso Sloan, enarcando una ceja-. A veces se piensa que es invencible... como si estuviera protegida por una mampara de acero. Es extraño...

-Conozco a Lainie desde que nació -dijo el capitán apoyando una mano sobre su hombro-. Es absolutamente brillante en su trabajo, pero relativamente ingenua con respecto a sí misma. Y su familia hace todo lo posible para que no cambie, siempre la protegen de lo que pueda hacerle daño. Están totalmente convencidos de que debe sentirse segura para hacer bien su trabajo.

-Pero el agresor representa una amenaza real -intervino Sloan-. Y, sin embargo, parece estar más preocupada por su hermana que por ella misma.

-Es típico de ella -dijo el capitán con una sonrisa-. Y tanto su familia como yo te agradeceremos que hagas lo humanamente posible para proteger su seguridad. No la obligues a afrontar el peligro directamente. No sabemos cómo reaccionaría al verse por primera vez indefensa después de casi treinta años de seguridad en sí misma.

Sloan se preguntó si él ya habría adivinado eso intuitivamente, pero no tenía más remedio que apartar los pensamientos personales de la mente y concentrarse en su tarea, que consistía en hacerle un favor al capitán protegiéndola.

-Lo haré lo mejor que pueda -prometió con aplomo.

-Estamos tratando de que su nombre no aparezca en las noticias vinculado al tiroteo. La policía lo denomina acto de violencia aleatorio, ya que no hubo víctimas mortales.

-Pero ni siquiera la propia policía puede creerse eso, ¿no?

-Han abierto una investigación y han designado a un detective encargado. Éste tiene las copias de las cartas enviadas a Lainie durante los últimos seis meses, así como los originales de las notas de amenaza. El periódico ha colaborado con todo su empeño.

-¿Han encontrado la manera de que sus columnas sigan apareciendo diariamente, aunque no están ni su hermana ni ella para hacerlo?

-Me ocuparé de ello. No te preocupes. Conseguirás convencerla de que esté una temporada alejada del trabajo.

-Eso espero. Señor, ¿cree usted que este caso de acoso es similar a los habituales? No parece seguir las pautas normales.

-Eres incapaz de mantenerte al margen de la investigación, ¿verdad? -preguntó el capitán con una sonrisa.

Sloan deseó haberse mordido la lengua. Era evidente que él no estaba al cargo de las investigaciones. Él había pedido permiso para hacer una investigación particular, pero en ese momento sólo podía seguir las órdenes del capitán.

-No te preocupes, Sloan -lo reconfortó el capitán-. Celebro que te hayas quedado para ayudarme en vez de tomarte esos días libres.

-Le debo el favor, capitán. Si no fuera por usted quizá no hubiera podido incorporarme a los rangers. Y la defensa de la ley es el motor de mi vida. Este servicio es sólo un pequeño anticipo.

-Por lo que sabemos -dijo el capitán bajando el tono de voz y acercándole la boca a! oído-, no se trata de un acoso típico. Pero tu cometido es mantenerla con vida, Sloan. La madre de Lainie fue mi primer amor -continuó-, y significa mucho para mí. Le he prometido que detendríamos al acosador antes de que haga más daño. Y siempre mantengo mi palabra.

Sloan se sentía dispuesto a poner cualquier medio a su alcance para proteger la vida de Lainie. Pero le hubiera gustado que ella no fuera tan sexy, ni tan mandona. Tendría que aprender a convivir con ello sin que le afectara.

Ella llegó escoltada por un policía y tomó el asiento que Sloan

dejaba libre para marcharse a declarar. El interrogatorio sólo había durado una hora, pero Lainie se sentía agotada y necesitaba echarse una siesta. Bueno, primero comer algo y luego dormir un rato.

-Dios mío, qué cansada estoy -musitó con un suspiro.

-Lo sé, cariño -le dijo el capitán-. ¿Qué puedo hacer por ti?

-Chocolate, café... e irme a casa.

-Lo siento. Puedo traerte una tableta de chocolate y un café, pero no puedes irte a casa de momento -dijo el capitán insertando unas monedas en la máquina de golosinas.

Después de haber masticado un trozo de chocolate, se sintió más capaz y le dirigió una sonrisa al amigo de su madre.

-Quiero darte las gracias por todo, capitán. Aunque Sloan es un idiota arrogante, lo que está claro es que supo cómo salvarme la vida. No sé qué hubiera sido de mí sin él. Me alegro de que me insistieras en que llevara un guardaespaldas -admitió-, pero hubiera preferido que no fuera Sloan.

-Creo que debes ser un poco más comprensiva con él, cariño. No está acostumbrado a actuar como guardaespaldas, no forma parte de sus obligaciones habituales. El sargento es uno de los mejores investigadores criminales, de hecho el más joven en recibir un reconocimiento a su servicio por parte del gobernador de Texas. Además, no había ninguna otra persona disponible. Se supone que el sargento acaba de empezar a disfrutar de un permiso indefinido.. Es el único que está libre.

-¿Está de permiso? ¿Por qué?

-Creo que será mejor que se lo preguntes tú misma -repuso el capitán con una sonrisa.

-Prefiero no hacerlo -bufó ella-. Necesito irme a casa. Todo esto se está descontrolando demasiado. No sigo en peligro, ¿verdad?

El capitán Chet Johnson meneó la cabeza y chasqueó la lengua.

-Deja la investigación para los profesionales, Lainie. Sólo tienes que hacer lo que el sargento Abbott te diga. Y me temo que eso significa que vas a tener que esconderte durante una temporada.

Ella odiaba la idea de verse atada a Sloan, pero parecía que no había otra opción. Era un dolor tener que estar todo el tiempo con un hombre tan arrogante y tan... guapo.

Una hora más tarde, Sloan metió las dos maletas que el capitán había traído para Lainie en la camioneta. Se asombró de la cantidad de ropa que le había enviado su madre; tampoco iban a estar fuera tanto tiempo.

Unos minutos antes, el capitán había deslizado en su bolsillo un fajo de mil dólares en billetes de veinte. Además, le había dado

instrucciones de telefonear cada pocas horas y de mantener a Lainie escondida al menos hasta que hubiera una lista de sospechosos. Hasta el momento, todo el mundo estaba bajo sospecha, hasta sus amigos, compañeros de trabajo y familiares.

Lainie se despidió del capitán y se metió silenciosamente en la camioneta. Sloan pensó que aquello era el inicio de un periodo largo y tenso mientras ocupaba su puesto al frente del volante.

-Abróchate -dijo.

Lainie no contestó, pero obedeció.

Los siguientes minutos fueron tan tensos y desagradables como él había supuesto. La situación era insostenible. ¿Cómo iba a protegerla si siempre estaban enfadados? Tendrían que encontrar la forma de tratarse más amistosamente.

-Pararemos a almorzar dentro de un rato -le dijo, esperando convencerla de que sólo quería para ella lo mejor, confort y seguridad-. Antes, quiero comprobar que nadie nos sigue. ¿Puedes esperar?

-Mira, puede que vayamos a pasar varios días juntos, pero eso no significa que tengamos que caernos bien. Además, no tengo hambre -repuso ella mirando por la ventana con los brazos cruzados sobre el pecho.

Él se sintió irritado.

-Tienes que comer, Lainie. Pararemos cuando yo lo decida.

Qué mujer tan molesta, pensó Sloan, dispuesto sin embargo a obligarla a comer.

-Para si quieres. No me había dado cuenta de que era tu prisionera. Pensaba que se trataba de pasar unas mini vacaciones -contestó con los ojos echando chispas.

Sloan sintió que le recorría una oleada de calor y furia. Admiraba su carácter, pero maldecía su propia incapacidad para controlarla. «Sus vidas estaban en juego , por Dios santo».

Él se salió de la carretera y aparcó delante de un restaurante. Ella lo miró con los ojos entornados, pero no dijo nada.

Deseo. Enfado. Necesidad. La combinación de emociones estaba llevando a Sloan hasta el límite.

Finalmente perdió el control cuando, después de desabrocharle el cinturón de seguridad, ella se apresuró a demostrar que no pensaba moverse.

-Escúcheme, señorita Gardner. O hace lo que le digo o los dos acabaremos muertos. ¿Entendido?

Ella había conseguido sacarlo de sus casillas.

Capítulo Cuatro

Sloan le dirigió una mirada afilada y ella sintió en sus venas el peligro que entrañaba. Pero el gesto tierno con el que él le acarició la barbilla cambió por completo sus sentimientos, desencadenando en su cuerpo un torrente de adrenalina. Y cuando él siguió acariciándola, ella se quedó helada, incapaz de moverse o pensar, absolutamente hipnotizada por la desesperación que veía en sus ojos marrón oscuro.

Durante unos segundos, Sloan se dedicó a escrutar su rostro, dando la impresión de que calculaba cuál sería su próximo movimiento. Pero antes de que ella reuniera valor para moverse, él soltó la barbilla y empezó a acariciarle la mejilla. Las suaves sensaciones que él creaba en su rostro empezaban a calar también en otras partes de su cuerpo. Él introdujo los dedos en su cabello y luego tiró cuidadosamente de su nuca para acercarla a él, mirándola con pasión.

El pensamiento de que él iba a besarla le llegó a Lainie con urgencia, animando sus propias necesidades de contacto físico. Alargó un brazo y tocó su mano, tratando desesperadamente de calmarse. Pero en cuanto lo hubo hecho, los labios de él cayeron sobre los suyos, destruyendo una vez más su equilibrio interior mientras perdía el control.

Cuando ella dejó de luchar, él se detuvo un instante para mirarla con una sonrisa cómplice y volver finalmente de nuevo al beso.

Excitada y completamente descontrolada, Lainie separó los labios para dar entrada a su lengua y dejarse arrastrar por las sucesivas oleadas de erótico calor. Se sintió cautivada por la aproximación sexual de Sloan y se recreó en la ternura que la invadía.

Cuando él colocó una mano sobre uno de sus senos, Lainie se oyó gemir mientras se arqueaba con los pezones duros. Temblorosa, depositó la mano sobre el pecho de él para apoyarse y sentir cómo el acelerado pulso de su corazón trasmitía nuevas sensaciones a su brazo, acompasándose a su ritmo.

Todo parecía un poco surrealista, pero Sloan era real. Y ella jamás se había sentido tan viva. Él la besó en la barbilla y luego siguió por el cuello, creando exquisitas sensaciones.

-Sloan... -murmuró ella, sin poderlo evitar.

Pero el sonido de su propio nombre, devolvió a Sloan a la realidad.

-Tranquila -dijo, sin saber cómo podía haberse permitido llegar tan lejos. Todo su cuerpo temblaba al unísono con el de ella y ambos vibraban con una especie de necesidad compartida. Y él sabía que si

no se detenía de inmediato, la poseería allí mismo—. Tranquila —repitió.

Sloan volvió a abrochar los dos cinturones de seguridad y se sorprendió de que hubiera podido cometer semejante desliz. ¡Estaban en mitad de una carretera general a la vista de todo el mundo! Cerró los ojos durante un instante y trató de deshacerse de los vestigios de una pasión tan primitiva, exigente e instintiva que no podía ni imaginar cuál era su procedencia.

Atreviéndose a echar una mirada a la silenciosa mujer que estaba a su lado, se preguntó cómo podría salir de una situación tan vergonzosa. Ella le había sorprendido al cambiarse de ropa, poniéndose una lujosa camisola turquesa y un traje de chaqueta pantalón de un tono un poco más oscuro. Cuando él le había dicho que para conducir durante unas horas hasta la cabaña hubiera sido mejor ponerse unos pantalones vaqueros, ella se había encogido de hombros.

Finalmente fue Lainie la que rompió el silencio.

-Bueno, ¿vamos a ir a comer algo o no? -preguntó, después de recuperar por completo la compostura.

Aliviado por su talante, Sloan pensó que él también tenía hambre, aunque no era eso lo que más le preocupaba. Se mordió la lengua para conjurar otras necesidades que también habían hecho acto de presencia. Encendió el motor y se alejaron de allí.

Lainie agradeció que el restaurante estuviera lleno de gente. Estaba segura de que su rostro tenía ese tono rosado que adquiría cuando ella se sentía avergonzada.

Dio un mordisco a un sándwich de ensalada de atún y cerró los ojos, tratando de olvidar que se había comportado como una idiota. Le había dejado besarla y no sólo eso: le había devuelto el beso y... había disfrutado. Todo lo que él tenía que hacer para que ella se derritiera era mirarla con la profundidad de esos ojos marrones. Lo deseaba enormemente; de hecho no recordaba haber sentido un deseo tan potente jamás. Pero echó la culpa de su confusión al estrés de los dos últimos días.

-¿Vas a terminarte el sándwich o prefieres seguir soñando despierta? —le preguntó Sloan.

Ella hizo caso omiso de él, pero siguió comiendo. Estaban lejos de la ciudad y el peligro parecía haberse desvanecido. Pero ella no podía creerse que hubiera podido tener tan mala suerte. Por fin había encontrado al hombre que la hacía perder el sentido con un solo beso, y se trataba de un ranger inescrutable.

—La comida está buena —dijo al cabo de unos instantes, tratando

de mostrarse amable—, gracias por parar.

-Tenemos que irnos lo antes posible. Es peligroso estar demasiado tiempo en un solo sitio.

— ¿No te estás tomando demasiado en serio tu labor como guardaespaldas? ¿Quién podría encontrarnos aquí?

Sloan estiró las piernas.

-Iré a pagar. Termina de comer.

Se encaminó hacia la caja registradora diciéndose que admiraba el fino sarcasmo de esa mujer, pero que no permitiría nunca que ella lo supiera.

Cuando volvía, Lainie le dijo que debía ir al tocador de señoras y él decidió esperarla fuera. Se situó de tal manera que podía controlar el exterior y el interior, e incluso prevenir que Lainie hubiera pensado en la posibilidad de escaparse por una ventana. Eso sólo sería una estupidez por su parte. Además, había comprobado las instalaciones y sabía que no había ninguna puerta ni ninguna ventana abiertas.

Después de diez minutos bajo el sol, se preguntó si debería hacer un esfuerzo para llevarse mejor con ella. La tensión que se había creado entre ellos no era culpa de Lainie.

Empezaba a impacientarse cuando apareció.

— ¿Lista para marcharnos?

Lainie asintió y él la tomó del codo, dándose cuanta de repente de que el aparcamiento esta casi vacío e inquietantemente silencioso. Notó cómo una gota de sudor resbalaba por su mejilla. Aceleró el paso.

-¿Por qué tanta prisa? -preguntó ella.

-Métete en la camioneta cuanto antes -repuso Sloan.

— ¿Qué te pasa? —inquirió ella una vez dentro con las puertas cerradas.

—Tenemos que seguir nuestro viaje —dijo él arrancando el vehículo y dirigiéndose a la autopista.

Procedentes de alguna parte, una ráfaga de disparos estuvo a punto de alcanzarlos. Su sonido podía confundirse con el del tráfico, pero no para un experto ranger.

¿Cómo podían tener tan buena suerte los asesinos?, se preguntó Sloan, acelerando para saltarse la mediana de la carretera y conducir en dirección opuesta a toda velocidad.

Miró a Lainie y se dio cuenta de que no había oído los disparos. Se alegró porque no quería verla preocupada.

-¿Qué estás haciendo Sloan? -gritó ella-. Vas en dirección contraria.

Haciendo caso omiso de Lainie, miró por el espejo retrovisor, buscando señales de vida de los asaltantes. Pero no había nadie.

Incluso así, decidió que evitarían las carreteras principales y que darían un rodeo por las locales para llegar a su destino.

-¡Ve más despacio! -gritó Lainie-. Vas muy por encima del límite de velocidad, te pondrán una multa.

-Sé perfectamente lo que estoy haciendo -repuso él-. ¿Jamás dejas que alguien se haga cargo de la situación?

-Y tú... ¿eres siempre tan grosero?

Después de mantener un tenso silencio durante diez minutos para no decir algo de lo que después pudiera arrepentirse, Sloan decidió que podía desacelerar un poco. No parecía que nadie los siguiera.

Quinientos metros más adelante, tomó una salida local. De pronto, frenó y se aparcó entre dos camiones.

-Mira, Sloan -dijo Lainie-. Si te has perdido, puedo conducir yo. Quizá podríamos buscar un mapa.

Él la miró y contó hasta diez y luego se aclaró la garganta.

— ¿Quieres saber por qué hemos ido tan de-prisa en dirección contraria? De acuerdo, te diré por qué. Porque de lo que se trata es de mantenernos a salvo. Había alguien esperándonos en el restaurante. De hecho hicieron fuego contra nosotros. Y preferiría que te mantuvieras con vida mientras estás conmigo, ¿lo entiendes?

Ella se quedó boquiabierta, pero se recuperó inmediatamente.

-Me parece que tienes una imaginación demasiado tormentosa, ¿no? Yo no he detectado nada fuera de lo normal. Creo que sólo deseas mostrarme tu poder, pero no tengo miedo.

Sloan decidió callar al recordar las palabras del capitán Johnson, pero su cuerpo estaba lleno de rabia y adrenalina. Reprimió un par de juramentos y se sintió torturado por no poder decirle claramente que dejara las cosas en sus manos y se callara. Se limitó a encogerse de hombros.

-¿Qué vamos a hacer ahora? -preguntó ella con enfado, pero un poco inquieta.

-Voy a llamar al capitán para que nos mande otro coche.

-¿Por qué iba a hacer una cosa tan idiota?

-Lo hará. Y luego nos dirigiremos a Sequin por los caminos menos frecuentados. No me importa si tardamos días en llegar. Lo que está claro es que vamos a dejar de arriesgarnos.

Ella asintió en silencio y se cambió de postura. El deseó saber qué estaba pensando.

-Sloan... hum... quiero preguntarte... ¿por qué me besaste antes de que paráramos en el restaurante?

Pillado por sorpresa, él no tuvo más remedio que decir la verdad.

-Principalmente para que te callaras, aunque luego se convirtió en

otra cosa —admitió.

-Sí, fue algo especial, ¿no? -replicó ella.

Él le acarició un hombro y se lo apretó un poco. Sentía una enorme necesidad de volver a besarla, pero ya no era un adolescente descontrolado y, además, se había prometido a sí mismo que no volvería a ocurrir. Por encima de todo, la cuestión era salvarle la vida.

—Voy a llamar al capitán —dijo, sin poder apartar del pensamiento la idea de que, por mucho que se lo hubiera propuesto, seguro que tendrían otra oportunidad en la que harían algo más que besarse.

Sacó el teléfono móvil y marcó el número del capitán.

Lainie había dejado de pensar con claridad desde hacía por lo menos una hora. Desde que habían cambiado de vehículo en Sugar-land. Si es que podía llamar vehículo a ese sedán de catorce años que gruñía constantemente. El capitán no había tenido tiempo para buscar algo mejor. El aire acondicionado no funcionaba y el salpicadero estaba lleno de polvo y arañazos.

Pero Sloan no emitió queja alguna y puso la radio. Ella sospechó que había subido el volumen para no tener que conversar.

Mientras viajaban por las carreteras locales de Texas, Lainie descubrió que una de las canciones hablaba de un bar honky-lonk.

—¿Qué es exactamente un bar honky-lonk?

-preguntó.

-¿Qué? -dijo él bajando el volumen.

—¿Qué se hace en los bares honky-lonk?

-Tu padre tiene un bar, Lainie. Creí que lo sabías todo sobre el tema.

—Pues no. Cuando yo era pequeña mi padre trabajaba en una empresa petrolífera de Shreve-port... hasta que lo despidieron. Y luego he estado demasiado ocupada como para pensar en los bares. Tuve que completar mis estudios universitarios y luego luchar para abrirme paso en el mercado de trabajo. Además, siempre he pensado que el gasto en alcohol es una pérdida de dinero.

-Entonces... ¿cómo fue que tu padre acabó siendo propietario de un bar en Houston?

-Cuando finalmente conseguí mi trabajo actual, toda mi familia se vino a Houston: necesitaba tenerlos cerca. El capitán les prestó a mis padres un poco de dinero para abrir un negocio. Pero luego... -añadió con una sombra de tristeza.

-No te sientas obligada a contarme nada que pueda entristecerte.

-No te preocupes, hablar suele sentar bien a la gente. Suelo aconsejar a la gente que se muestre siempre honesta consigo misma y

con los demás. Mi padre era un alcohólico, aunque nunca se lo confesó a sí mismo. Pero todos lo sabíamos. Estoy segura de que la bebida fue la causa de su embolia.

-Hum, supongo que un bar no es el negocio más adecuado para un alcohólico.

-Exacto. Desgraciadamente, ninguno nos dimos cuenta hasta que ya era demasiado tarde -dijo ella con un suspiro-. Pero nada de todo eso importa ya -añadió mirando por la ventana-. Entonces... ¿qué me dices de los bares honky-lonk? ¿Has estado en alguno?

-He estado en unos cuantos.

—¿Cómo son?

-No tienen un interés especial. Algunos son incluso desagradables. La mayoría son lugares ruidosos y con poca clase. Suelen ir trabajadores mal pagados, como los camioneros, por ejemplo, para beber mucho y jugarse grandes sumas. No creo que te gustaran.

Sloan quería abandonar una conversación que se estaba volviendo demasiado íntima, por lo que subió el volumen de nuevo. Mientras, Lainie empezó a preguntarse si habría muchas cosas en la vida que ella desconocía por estar tan enteramente dedicada a su trabajo. No se trataba sólo de bares baratos, sino de la vida en general.

Resultaba irónico que una mujer como ella, famosa por sus consejos, viviera tan alejada de la realidad. Para la teoría, había estudiado psicología y periodismo en la universidad, y sabía cómo ayudar a la gente con problemas. También sabía lo que era la lealtad a la familia. Pero cuando se trataba de su vida personal, se sentía como una novicia. Miró a Sloan y pensó que quizá ese viaje la ayudara a aprender algo más sobre la vida, en vez de convertirse en una pérdida de tiempo. Se preguntó si Sloan supondría una oportunidad para conocer el mundo de las relaciones sentimentales de cerca, o si se convertiría en su peor pesadilla.

Capítulo Cinco

Con la ventanilla abierta y recibiendo la cálida brisa primaveral en el rostro y el sol en su brazo derecho, Lainie trató de disfrutar del viaje y de no pensar demasiado en el hombre que se sentaba al lado suyo. Pero sentía curiosidad.

¿Cómo era posible que ninguna beldad texana hubiera cazado ya a ese fabuloso espécimen? Sloan era un hombre muy guapo, de facciones duras. Y, si tenía aquel beso en consideración, también era un hombre apasionado.

Disgustada consigo misma por no poder pensar nada más que en él, trató de concentrarse en el paisaje. No había mucho que ver: iban por una estrecha carretera local y los campos estaban secos y polvorientos a la espera de ser plantados. Ocasionalmente aparecía la silueta de un pozo de petróleo en la distancia. Pero el sol aún calentaba según caía la tarde y la música era agradable. Así que Lainie siguió mirando por la ventana, tratando de saber cuál era la dirección de las nubes.

Pasó otra hora, durante la cual atravesaron pueblos con nombres desconocidos. Pararon para comprar unas botellas de agua en un lugar denominado Ciudad Bahía que estaba a cientos de kilómetros del mar. A medida que pasaban las horas, empezó a verse más vegetación, las flores silvestres nacían en los recovecos de sombra; finalmente las flores inundaron todo el paisaje al llegar a lo alto de una colina.

-¡Qué preciosidad! -exclamó Lainie alegremente.

-¿Qué? -preguntó Sloan. -Por favor, paremos aquí unos minutos. Nunca he visto algo semejante.

-¿De qué me hablas? Aquí no hay nada más que pastos y pozos de petróleo.

-Las flores. Son maravillosas. Míralas. Naranjas, amarillas, violetas... ¿No te parece increíble? Sloan encontró un camino polvoriento para aparcar. Lainie saltó del coche antes de que él tuviera tiempo de apagar el motor.

-Lainie, espera. Da la impresión de que nunca hayas visto flores al lado de una carretera.

Ella giró sobre sí misma un par de veces con los brazos extendidos y se dejó caer sobre los terrones de tierra seca almohadillados con flores. -Es que es la verdad. Al menos, no como éstas.

-Los campos de Texas están llenos de flores silvestres como éstas durante la primavera. No tienen nada de especial. Pero tengo que

admitir que las violetas están preciosas este año. -¿Verdad que sí? Es maravilloso.

-Vamos. Ya es suficiente -llevaban allí un buen rato y Sloan empezaba a preocuparse-. No podemos exponernos de esta manera a la vista de todos los que pasan por la carretera.

-Solo necesito unos minutos más, Sloan. Hay tanta paz en este sitio... ¿Por qué no me acompañas? -dijo tumbándose del todo y riendo. Su cuerpo quedó oculto por la marea de flores.

Era la primera vez que Sloan la oía reír con ganas y el sonido le pareció precioso. Destellaba un eco juvenil que parecía libre de preocupaciones, aunque él sabía que esa actitud no correspondía con la realidad. Pero sonrió. Y eso que no era un hombre de sonrisa fácil.

Sloan se sorprendió a sí mismo preguntándose qué podría hacer él para mantener la risa de esa mujer. Estuvo a punto de ceder a sus instintos y dejarse caer junto a ella para acariciarla y besarla, seguro de que Lainie los recibiría con los brazos abiertos. Pero al recordar el motivo que había unido sus vidas, se retractó.

-Se está haciendo de noche, Lainie -dijo extendiendo una mano para ayudarla a ponerse en pie-. Tenemos que seguir. Además, estás destrozándote esa ropa tan cara.

Ella cambió la sonrisa por una mueca. Lo tomó de la mano y se dejó izar. Una vez en pie, trató de sacudirse el polvo de los pantalones, pero la delicada tela estaba manchada de hierba y polen.

-Maldita sea. Estaba tan emocionada con las flores que no he pensado en el vestido.

-Creo que deberías ponerte una ropa más informal hasta que puedas volver a tu rutina habitual. Vamos a una cabaña rústica, no a un hotel de cinco estrellas. No me gustaría que te estropearas toda la ropa que has traído.

-Pero los trajes pantalón de seda y lino son mi ropa informal.

-¿Y que me dices de unos pantalones vaqueros

-Sólo tengo un par, pero me los compré para ir a una barbacoa que organizaba el director del periódico, y están acabados con hilo brillante. No se puede decir que sean informales.

El la miró, incrédulo.

— ¿No tienes unos pantalones vaqueros? Por Dios, Lainie, vives en Texas. ¿Cómo te las arreglas?

-La gente me reconoce en todas partes. Tengo que dar una buena imagen. Soy columnista de un periódico, no ranchera.

Entraron al coche y, una vez comprobados los cierres de los cinturones de seguridad, Sloan se volvió hacia ella.

-Buscaremos una tienda de ropa en el próximo pueblo. Saldremos

de compras en cuanto nos hayamos instalado en un motel. Necesitas un par de vaqueros. Si quieres pasar desapercibida entre los téjanos, debes vestirte como ellos.

Aparcaron delante de un motel en Edna y Sloan apagó el motor. Se quitó la placa y se la metió en el bolsillo, sorprendiendo a Lainie.

-¿Quieres pasar desapercibido? -le preguntó con sorna.

-Si nos están buscando, irán detrás de un ranger y una mujer con aires cosmopolitas. Espérame sin moverte. Volveré enseguida.

Lainie estudió los alrededores con la vista. Estaban en Edna, una población de seis mil habitantes, según rezaba un cartel a la entrada. A juzgar por las tiendas de artículos de pesca, supuso que los turistas acudían a la localidad para visitar el cercano lago de Texana.

Al menos el motel Quiet Rest parecía más moderno que el obsoleto lugar en que habían pasado la noche anterior. ¿Hacía sólo veinticuatro horas de aquello? Parecía toda una eternidad.

Sloan regresó con una mueca de disgusto en el rostro.

-Maldita sea -dijo cerrando la puerta de un portazo—. He intentado que nos dieran habitaciones comunicadas, pero parece que hay un congreso de especialistas en avistamiento de aves y las dos únicas habitaciones libres estaban en pisos diferentes. Eso quiere decir que vamos a tener que volver a dormir juntos -dijo él enseñando la llave.

-Podríamos haber dormido en diferentes pisos o haber seguido hasta el siguiente pueblo -repuso ella con calma.

-Si durmiéramos en habitaciones separadas, no podría conciliar el sueño. Y la siguiente población con motel es Victoria. Y tampoco allí hay habitaciones porque se celebra un campeonato de balonmano.

-De acuerdo -aceptó Lainie-. Lo hicimos anoche y podemos volver a hacerlo, no te preocupes.

La mirada de él era inescrutable y no dijo ni palabra. Encendió el motor y se dirigió hacia una de las habitaciones traseras. Metieron las maletas de ella en una habitación con aire acondicionado. Ella se rió al ver que había dos espléndidas camas de matrimonio gemelas. Pasar la noche juntos no iba a representar el menor problema.

-¿Qué prefieres hacer primero, descansar, darte una ducha o comer? -preguntó Sloan.

-Nada de eso -repuso ella con una sonrisa-. Quiero salir de compras.

-¿No estás cansada?

-Estoy estupendamente. Vamos. Me lo prometiste.

La tienda de ropa vaquera estaba a kilómetro y medio del pueblo. Era tan grande como dos campos de fútbol y a Lainie le dio la impresión de que todo el mundo se había congregado allí aquel día. Se

lo pasó estupendamente abriéndose paso a codazos hasta llegar a los estantes de vaqueros para mujer. Justo cuando encontró unos pantalones de su talla, llegó una fornida mujer, se los arrebató de delante de sus narices y los echó al carro que llevaba.

-Esos pantalones eran míos, devuélvamelos -ordenó Lainie-. Yo los vi primero.

La mujer hizo caso omiso de ella y agarró tres o cuatro pantalones más, de diferentes tallas. Lainie estuvo a punto de enzarzarse en una pelea con ella, pero se contuvo a tiempo. No debían llamar la atención. Sloan tenía una sonrisa divertida. ¡Se estaba riendo de ella! Y Lainie no pudo evitar acordarse del beso que habían compartido. Nunca jamás había tenido un simple beso tal efecto sobre ella.

Y entonces, una mujer delgada vestida con vaqueros negros y una camiseta roja se acercó a ella.

-Este lugar es una locura, ¿verdad, cariño?

-Nunca imaginé que habría tanta gente. Me siento perdida sin mi hermana, ella es la que sabe comprar, no yo.

La mujer de pelo cobrizo la escrutó.

-Creo que tienes la misma talla que mi hija. La ocho, ¿no?

-Sí.

-Bueno, pues hay una pila de tallas seis y ocho en aquella esquina. Espero que no la hayan esquilmado aún.

-Gracias -dijo Lainie encaminándose a toda prisa al lugar señalado. Agarró tres pares de pantalones de la talla ocho y varias camisetas de diferentes tonos pastel-. Ya está -le dijo a Sloan.

-Ha sido una compra rápida -repuso él con un guiño.

Mientras esperaban la cola de la caja, Sloan escogió tres camisetas de hombre que estaban de oferta. La espera para pagar iba a ser larga.

Al cabo de veinte minutos, a Lainie le dolían los pies y se sentía desfallecer de hambre. Afortunadamente sólo quedaban dos personas delante de ellos. Echó un vistazo hacia atrás y reconoció a la mujer de pelo cobrizo que la había ayudado. Entablaron una corta conversación sobre la comodidad de los vaqueros.

-¿Conoces algún bar que pueda calificarse de honky-lonk en los alrededores? -preguntó Lainie al cabo de unos minutos.

-Bueno, sí, hay un par de ellos, pero no sé si...

-¿Has estado en alguno?

-Sí, he estado alguna vez en un sitio llamado Six-Shooter Junction. Entre semana sirven una bebida especial cada día, y la primera es gratis. Además, tienen muy buena cerveza y tequila. También organizan un karaoke dos veces a la semana, pero hoy no. Hoy es el

día en que las mujeres pueden escoger pareja.

-Parece divertido. ¿Crees que los vaqueros son adecuados para un sitio como ése?

-Perfectos -dijo la mujer antes de darle explicaciones de cómo llegar hasta allí.

La conversación se interrumpió cuando finalmente llegaron a la caja.

Sloan empujó a Lainie.

-Yo pagaré, ya me devolverás el dinero más adelante -dijo.

-¿No te parece que el Six-Shooter Junction puede ser divertido?

-Lainie, no cuentes con que vayamos a ir a ningún sucio bar de carretera esta noche. Quítatelo de la cabeza.

Sloan todavía estaba refunfuñando mientras sostenía la puerta para que Lainie entrara en el Six-Shooter Junction. Esa mujer era de lo más cabezota. No había habido manera de detenerla y, ante la disyuntiva de que ella tomara un taxi sola, él había accedido a acompañarla. Y tenía que admitir que estaba estupenda con esos vaqueros que le resaltaban la curva de las caderas. Además se había puesto una camisola elástica de manga larga de color verde esmeralda que destacaba el color de sus ojos y pronunciaba la redondez de sus senos. Sloan tuvo que contenerse para no parecer sorprendido.

Había sido un largo y duro día de viaje al frente del volante, tratando de apartar el atractivo de su acompañante de la mente. ¿Cómo diablos se suponía que iba a ser capaz de aguantar una larga noche junto a ella?

Cuando la vista de Sloan se ajustó a la tenue iluminación, la guió a través de un ambiente cargado de humo en el que sonaba la música a todo volumen hasta una mesa vacía en la zona reservada para restaurante.

—Creo que deberíamos comer algo —dijo él.

-Estupendo, estoy desfallecida.

Una joven rubia, vestida con pantalones ajustados y camiseta escotada, los atendió.

-¿Cena para dos? -preguntó entregándoles el menú mientras ellos se sentaban-. ¿Qué van a beber?

-Me gustaría probar el tequila -dijo Lainie.

—Creo que deberías empezar por algo más suave -la reprendió Sloan-. Para tomar tequila hay que tener el estómago lleno.

-No -dijo ella-. Quiero tequila. Tráigame una botella de la mejor marca que tengan.

La camarera se encogió de hombros y Sloan se dio cuenta de que llevaba en el brazo el tatuaje de un colibrí.

— ¿Y que vas a tomar tú, cariño? —le preguntó a Sloan agitando provocativamente las pestañas.

Dios santo, Sloan sabía perfectamente lo que ella le estaba ofreciendo. Meneó la cabeza y luego miró a Lainie. Como si no tuviera ya suficiente con una sola mujer.

-Yo conduzco, así que tomaré una tónica.

La camarera se marchó a por sus bebidas y un joven delgadísimo apareció para tomar nota de la comida. Después de un rato de discusión e indecisión, Sloan pidió dos platos de ternera asada. Un instante más tarde, la camarera regresó con las bebidas. Una tónica, una botella de tequila, un vaso con hielo y un plato con rodajas de limón y sal.

-Me llamo Holly -anunció-. No dudéis en llamarme si necesitáis algo más.

Lainie tomó la botella de tequila y se sirvió en el vaso con hielo.

-¿Para qué son los limones y la sal?

-Así es como se bebe el tequila –informó Sloan-. Primero se toma un sorbo de tequila y rápidamente se succiona el limón y se moja la lengua en la sal para que entre bien.

-¿De veras? ¡Qué interesante! -exclamó ella antes de dar un trago largo.

Se le desorbitaron los ojos, succionó el limón y probó la sal. Unos segundos más tarde tenía el rostro lleno de lágrimas, pero una gran sonrisa en la boca.

-Es genial -comentó-. Va a ser una noche muy divertida.

-Creo que deberías tomártelo con más calma, Lainie. ¿No me dijiste que no solías beber?

Capítulo Seis

Lainie se metió el último trozo de pan de ajo en la boca y suspiró con placer. Todo iba perfectamente. Todo, menos la compañía. Sloan no había dicho ni media palabra mientras comían. Se había limitado a poner una mueca de desagrado cada vez que ella tomaba un sorbo de tequila. Lainie había pensado que se relajaría con la comida y la música, pero él parecía estar más tenso a cada minuto que pasaba. Aparentemente, no compartía en absoluto sus ganas de divertirse un poco. Aunque ella pensase que allí no corrían ningún peligro.

-¿Estás preparada para irnos? -preguntó Sloan soltando el tenedor.

-¿Irnos? Por supuesto que no, la noche es joven.

-Mira, Lainie, cuanto más tiempo pasemos en un local público, más posibilidades tenemos de que te reconozca alguien. Tenemos que escondernos.

-Bueno, supongo que tienes razón. Pero tengo que ir al tocador antes de marcharnos. Eso puedo hacerlo sola, ¿no?

-No te pases de lista -le dijo él con los ojos entornados-. Me haré cargo de la cuenta y te esperaré en la puerta.

Sintiéndose un poco mareada, Lainie se levantó y preguntó por el tocador. Se encontraba falta de ejercicio. Al día siguiente le pediría a Sloan que pararan para estirar las piernas.

Sloan consultó el reloj por tercera vez y se mantuvo en silencio junto a un tipo tatuado en ambos brazos con imágenes de enormes serpientes. Habían pasado veinte minutos y empezaba a preocuparse por Lainie.

Para una mujer que nunca bebía, se había comportado como un marinero en su noche libre, terminándose por completo el medio litro de tequila. Sabía que todas las miradas masculinas se habían centrado en ella mientras iba al tocador, pero... ¡qué diablos! A él qué le importaba que los hombres la miraran, no era su novia ni nada por el estilo.

En realidad, ni siquiera se acordaba de cuál había sido la última vez que había salido con una mujer. ¿Por qué era todo tan diferente con Lainie? Mientras volvía a consultar el reloj, pensó que debía ser el hecho inesperado de haberse convertido en su guardaespaldas.

Se encaminó hacia el tocador, temiéndose que ella estuviera allí tirada, inconsciente. Pero en cuanto la vio en la pista de baile, se sintió aliviado. Estaba rodeada de un grupo de gente que intentaba aprender un nuevo paso. Se mantuvo al margen, divertido al verla

disfrutar y reír como una niña con los demás hasta que un tipo se acercó a ella y le ofreció una cerveza. Lainie le sonrió tímidamente y tomó un trago.

Sloan se puso inmediatamente en marcha y llegó hasta ella en dos zancadas.

-Es hora de irnos -masculló pasándole un brazo por la cintura.

Ella tensó todo el cuerpo, pero no dijo ni una palabra.

-Eh, oye, ¿qué es lo que pasa? -preguntó el tipo-. Yo la vi primero.

-Pues vete a buscarte a otra -gruñó Sloan.

El hombre miró a Lainie para ver cuál era su reacción. Pero ella meneó la cabeza y le devolvió la botella de cerveza.

-Lo siento, amigo -le dijo a Sloan el desconocido-. No sabía que estuvierais juntos -añadió antes de desaparecer.

-Vámonos-dijo Sloan, arrastrándola junto a sí.

-No pasa nada porque aprenda un nuevo paso de baile -se quejó ella- Quiero quedarme un rato más -dijo tratando de zafarse de su abrazo sin éxito.

-Has bebido demasiado. Te estaba esperando fuera, ¿no te acuerdas?

-Cambié de opinión. Ahora lo que quiero es bailar. ¿O es que vuelvo a ser tu prisionera? -dijo Lainie sintiéndose un poco débil-. De acuerdo, un baile más y nos vamos -añadió apoyándose sobre el pecho de Sloan.

Él sintió el peso de ella y la deseó como nunca había deseado a nadie. Estaba tan excitado que no pudo esquivar el golpe de otra pareja que pasaba por allí y que se disculpó antes de seguir su baile. Sloan volvió a la realidad y se dio cuenta de que Lainie estaba a punto de desmayarse.

-Nos vamos -ladró, agarrándola para llevársela a rastras si era necesario. Una vez afuera, dio gracias a la reconfortante brisa primaveral de la noche y la metió en el coche. Luego se puso al volante y salió disparado hacia la autopista mientras ella yacía adormilada. Estaba dispuesto a no volver a dejarse tomar el pelo por esa pelirroja, osada y obstinada.

Cuando llegaron al motel, Sloan trató de sacarla del coche sin montar mucho jaleo. El aparcamiento estaba silencioso y él esperaba que pudieran instalarse en la habitación sin que nadie se enterara.

-Lainie, ¿puedes andar?

-Claro -declaró ella con tono ronco-. Estoy perfectamente. Sólo un poco cansada.

Ella se deslizó hacia fuera, pero las piernas no la sostenían y se hubiera derrumbado a sus pies si él no la hubiera sujetado.

-Ya, claro, ya veo que estás perfectamente -repitió él en tono de burla mientras la tomaba en brazos-. Estaremos dentro en un instante.

Ella se apoyó en su pecho mientras él abría la puerta de la habitación. Sloan sintió su respiración en el cuello y volvió a excitarse.

-Eres un hombre muy guapo, lo sabes, ¿no? -dijo Lainie alzando un poco la cabeza.

-Hum -gruñó él.

-Alguien debería dedicarte una canción, Sloan -insistió Lainie rodeándole el cuello con los brazos.

-Calla -dijo él entrando con ella en la habitación para depositarla sobre una de las camas. Pero ella se sentó de repente.

-Estoy mareada -dijo mirándolo-, pero no tanto como para no saber que deseo besarte de nuevo.

Sloan cerró la puerta con llave y puso la cadena.

-¿Qué tal tu estómago?

-¿Mi estómago? Perfectamente, gracias -dijo ella acercándosele.

-Tengo la impresión de que no vas a lograr conciliar el sueño sin antes vomitar.

-Imposible. Tengo un estómago de acero.

Pero según pronunciaba esas palabras sintió la primera arcada y palideció.

-De eso precisamente era de lo que te hablaba. Vamos -dijo agarrándola para llevarla al cuarto de baño a toda prisa y abrir la tapa del inodoro.

Mientras ella vomitaba, él tomó una toalla pequeña, la mojó en el lavabo y se la aplicó sobre la frente.

-Vete, por favor -pidió Lainie.

-¿Estás bien?

-No, pero lo estaré. Déjame en paz, por favor.

-Estaré junto a la puerta por si me necesitas -dijo él antes de marcharse para buscarle un pijama.

Abrió una de las maletas de Lainie y se quedó seco al ver su delicada ropa interior. Ningún hombre podría evitar imaginársela yaciendo en la cama con ella puesta. Buscó un albornoz, pero no encontró ninguno. Oyó correr el agua del inodoro y se decidió por un pijama de algodón antes de acercarse de nuevo al baño.

-¿Puedo entrar? -dijo abriendo la puerta sin esperar respuesta.

Ella estaba sentada en el suelo con las piernas estiradas y los ojos cerrados.

-¿Lainie?

Ella gruñó, pero no dijo nada.

-De acuerdo, cariño, parece que vamos a tener que tomar medidas

especiales contigo -dijo depositando el pijama sobre una silla-. Primero hay que ponerse en pie.

La levantó y le quitó la camiseta. La vista de sus pechos, con los pezones marcados bajo el sostén de encaje blanco, le hizo suspirar. Pero contuvo su imaginación. Luego la condujo hacia la ducha y se metió con ella, completamente vestido. Abrió los grifos hasta conseguir una temperatura templada y la obligó a meter la cabeza debajo del chorro.

-¿Qué haces? -gritó Lainie, súbitamente despejada-. Déjame en paz.

-Esto es bueno para ti -dijo él agarrándola por detrás y presionando sin querer su erección sobre la parte baja de su espalda-. ¿Estás mejor?

-Sí -dijo ella, consciente de su excitación.

-De acuerdo, te dejo a solas para que te seques y te pongas el pijama. Estaré afuera. Llámame si me necesitas.

Sloan tuvo que concentrase para apartar el pensamiento de ella. Sentirse tan cerca lo estaba volviendo loco. Pero le debía un favor al capitán Johnson por la memoria de su madre. Como él también estaba empapado, se cambió de ropa.

Después de tomarse las dos aspirinas que le había facilitado Sloan, junto a una taza de café, Lainie se metió en la cama, agradeciéndole a Dios que la habitación hubiera dejado de dar vueltas. Sloan había sido tan solícito y cariñoso que ella había estado a punto de echarse a llorar. Incluso en su estado de confusión, supo que jamás olvidaría aquella noche y las atenciones de que había sido objeto.

Y había otra cosa que también estaba clara. Jamás volvería a probar el tequila. De hecho, no volvería a probar ni gota de alcohol hasta el día de su jubilación.

Sloan se aseguró de que ella estaba cómoda antes de apagar las luces.

-Buenas noches, Lainie. Felices sueños -dijo Sloan cerrando las cortinas.

Ella quiso decirle algo, darle las gracias por haberse mostrado tan amable, pero estaba exhausta y tan adormilada que no pudo abrir la boca antes de que el sueño la venciera por completo.

Oscuras imágenes invadieron el sueño de Lainie. Primero apareció un gigantesco colibrí, que aleteó sobre su rostro ferozmente. Pero su primer impulso fue de enfado, no de miedo, y lo espantó con las manos. Lo siguiente que vio fueron unos enormes ojos azules llenos de tristeza y dolor. ¿Suzy? Lainie estaba casi segura de que se trataba de los ojos de su hermana. Pero... ¿por qué ese dolor? Sabía que Suzy había salido ya del hospital. La imagen se amplió y vio a Suzy sola y llorando amargamente. Lainie extendió una mano, pero no pudo

tocarla. No entendía nada. Se suponía que su hermana debía encontrarse rodeada de toda su familia, de sus padres, de su marido, Jeff. ¿Dónde estaba todo el mundo? Algo parecía ir muy mal.

Lainie no había tenido ocasión de hablar con su hermana de temas personales en los últimos meses. Siempre había demasiado trabajo. Y Suzy siempre parecía estar feliz. No hablaba mucho de su vida, pero Lainie estaba segura de que todo iba bien. Su hermana era la persona más serena que ella conocía. Sin embargo, esa visión parecía un aviso de que Suzy tenía problemas y se encontraba sola.

La imagen se desvaneció y Lainie trató de recuperarla. Deseaba urgentemente saber cuál era el problema y solucionarlo. Ésa era su especialidad, después de todo.

Pero el sueño se había acabado y Lainie se encontraba despierta y temblando. Se sentó en el borde de la cama y consultó el reloj. Eran las cinco y media. Al principio pensó que podía ser ya por la tarde, pero sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y pudo ver el cuerpo de Sloan en la cama gemela. Estaba dormido, por lo que pensó que debía ser de madrugada.

Lainie tiró de la manta y se enrolló en ella. Necesitaba contarle a Sloan su sueño y se encaminó hacia su cama. Se puso de rodillas delante de él y dudó sobre cómo sería la mejor forma de despertarlo.

Finalmente, le tocó un hombro y susurró su nombre.

-¿Qué? ¿Qué pasa? -se despertó él inmediatamente, echando mano del revólver que guardaba debajo de la almohada-. ¿Has oído algo?

-No, no pasa nada -lo tranquilizó ella rápidamente-. Simplemente sentí la necesidad de hablar con alguien.

Sloan era todo un espectáculo: la sábana había resbalado hasta su cintura y mostraba su musculoso torso desnudo. Lainie se quedó hipnotizada por la belleza de ese cuerpo tan bien construido. El corazón le latió fuerte en el pecho.

-Siento haberte despertado -prosiguió en un susurro.

-¿Qué te pasa, Lainie? ¿Te encuentras mal?

Ella se sintió avergonzada de haberlo despertado, pero ya no podía hacer otra cosa que contarle la verdad.

—No, me duele un poco la cabeza, pero estoy bien. Te agradezco de todo corazón los cuidados que me dedicaste anoche.

-No fue nada -dijo él quitándole importancia-. Pero si no estás enferma, ¿qué te pasa?

-He tenido una pesadilla horrorosa.

-¿Una pesadilla? ¿Me has despertado para hablarme de un mal sueño?

-Sí -dijo ella con tono avergonzado-. Es que pienso que puede ser

importante. ¿Tienes idea de por qué puedo haber soñado con un colibrí? Hace años que no veo ninguno.

El alzó una ceja y se aclaró la garganta.

-Sí, yo vi un colibrí anoche. ¿Qué pasa con él? -preguntó él evidentemente irritado.

Ella se encogió de hombros.

-No importa, ésa no es la parte interesante. También vi a mi hermana en el sueño. Estaba tan triste y desesperada que me dejó desconcertada. Pero lo más extraño es que me dio la impresión de que se encontraba en ese estado por causa de mi agresor.

-¿Piensas que tu hermana puede haber empeorado?

-No lo sé. No creo que la tristeza que vi en su rostro tuviera nada que ver con su estado físico. ¿Piensas que el agresor puede haberla raptado a ella al no encontrarme a mí?

-Santo Dios. Ese sueño serviría para el guión de una película de miedo -dijo Sloan apartando la ropa de cama para ponerse en pie. Llevaba puestos los vaqueros-. Si eso te va a hacer sentir mejor, llamaré al capitán desde una cabina para ver si ha pasado algo.

-¿Por qué no podemos llamar desde aquí? ¿Desde el teléfono móvil?

-Te sorprendería saber lo fácil que es seguir el rastro de las llamadas, Lainie -dijo Sloan mientras se ponía una camiseta-. Vístete, ya nos hemos divertido suficiente y es hora de que volvamos a concentrarnos en salvarte la vida.

Capítulo Siete

El pueblo de Edna había desaparecido del espejo retrovisor hacía rato cuando Sloan consiguió volver a controlar sus hormonas. Con todas esas descargas de testosterona y adrenalina, se sentía prácticamente vapuleado. Su cuerpo se había tensado y excitado al verla esa mañana arrodillada junto a su cama, con el pelo descolocado y una mirada verde como las esmeraldas.

Se había sentido tentado de agarrarla y hacerle al amor mientras ella le contaba su sueño y el esfuerzo que había hecho para contenerse había sido tremendo. Su deseo de penetrarla al tiempo que ella le rodeaba las caderas con sus largas piernas se había quedado penosamente insatisfecho. Las emociones que esa mujer le había hecho sentir en los últimos días lo mantenían en un estado de tensión constante.

Lainie estaba en el asiento del pasajero comiéndose un sándwich de huevo con beicon con una mano mientras con la otra sujetaba un oscilante vaso de plástico con café que apoyaba sobre la tela vaquera que cubría su muslo izquierdo.

Sloan recordó el colibrí tatuado en el brazo de la camarera. Lainie parecía no haberse dado cuenta, así que... ¿cómo era posible que hubiera soñado con él?

-¿Por qué hemos cambiado de dirección? -preguntó Lainie antes de meterse en la boca el último trozo de sándwich.

-Ya no nos persigue nadie. Sequin está a una hora hacia el norte y allí es a donde nos dirigimos.

-Bueno, eso está bien, creo que esta tarde voy a tener que echarme una siesta -dijo ella tocándose la frente con delicadeza porque aún le dolía la cabeza.

-¿Qué te dijo le capitán cuando hablaste con él? -preguntó Sloan.

Habían parado a repostar gasolina a la salida de Edna y Sloan había aprovechado la oportunidad para llamar desde una cabina pública. Después de intercambiar impresiones, el capitán había pedido hablar con Lainie.

-No mucho -repuso ella encogiéndose de hombros-. Aparentemente, visitó a Suzy anoche y los médicos le dijeron que podría abandonar el hospital esta misma mañana. Todo parecía ir bien, pero me dijo que tenía miedo por mi seguridad.

-¿Va a ir el capitán al hospital esta mañana?

-Sí, se suponía que Jeff iba a llevarla a casa, pero el capitán no

pudo localizarlo anoche.

-¿Jeff?

-Ya te lo he contado, es mi cuñado, el mando de Suzy.

-Sí, es verdad -Sloan no conocía al tipo, pero sí sabía lo que se suponía que tenía que hacer un marido mientras su esposa estaba en el hospital-. Bueno, si Suzy no se encuentra bien esta mañana, el capitán encontrará la forma de avisarnos. Encenderé el teléfono móvil cada dos horas para ver si hay mensajes. Deja de preocuparte.

Ella asintió y puso la radio.

-¿Te importa que ponga música?

-No, siempre que bajemos el volumen si alguna canción habla de bares honky-tonk.

Ella lo miró de reojo con una sonrisa.

-Pero fue divertido, ¿no?

-Hum. Se me ocurren mejores maneras de divertirse.

-¿Cómo cuáles, sargento Abbott?

-Cuando tengo un par de días de vacaciones suelo irme a pescar, pero la verdad es que no me he tomado ni un día libre desde hace mucho tiempo.

-Sé perfectamente lo que es eso. Hum... ¿dónde vives?

-En una caravana, mi trabajo me obliga a cambiar de ciudad muy a menudo y me resulta cómodo. , -Parece interesante. Pero... ¿dónde creciste?

-En Texas.

-No te entiendo -dijo ella con una mirada de incredulidad.

-Mi madre nunca paraba demasiado tiempo en un lugar -admitió él-. Cada vez que me empezaba a sentir como en casa, ella decidía cambiar de domicilio. He llegado a conocer muy bien el estado de Texas durante mi infancia.

—Me lo creo. Pero me temo que no tuviste oportunidad de conocer el calor del hogar, ¿verdad? ¿Estaba tu madre de servicio o algo así?

-Era camarera, una camarera excelente. Pero incapaz de echar raíces. Siempre me he preguntado por qué. Y ahora creo que empiezo a saberlo.

-¿Te importa que te pregunte por tu padre? ¿Estaban divorciados?

-Durante casi toda mi vida estuve convencido de que mi padre había muerto en un accidente de coche cuando yo tenía sólo dos años. Era una imagen convincente —Sloan no estaba dispuesto a volcar su recién adquirido dolor sobre otra persona para desahogarse. Tenía que pensarse las cosas antes de hablar.

-¿Y ahora? -preguntó Lainie con curiosidad.

-Todo es diferente -dijo escuetamente mientras subía el volumen de

la radio, con la esperanza de interrumpir la conversación.

Lainie lo miró durante un instante y luego cruzó los brazos sobre el pecho. Con un gesto de muda aquiescencia, se giró un poco y se puso a mirar por la ventana.

Genial, pensó Sloan. Haberla despechado era mil veces más fácil que seguir hablando sobre su pasado. Pero no dejaba de ser un engorro. Rezó para que los siguientes días pasaran con rapidez y pudiera dar por finalizado el trabajo. Esa intimidad forzada lo estaba matando, en varios sentidos.

Delante de ellos se abría un camino flanqueado de bosques de robustos robles. El paisaje era espléndido y, al abrir la ventanilla, Lainie se dio cuenta de que el aire parecía más cálido. Era curioso que, sin embargo, las noches fueran más frescas que en Houston. La primavera texana se componía de varias mezclas.

De vez en cuando se atisbaba una granja, limpia y adornada con flores. Lainie se sintió celosa de la calma hogareña que se respiraba y se preguntó si ella sería capaz de vivir en un lugar como ése, cuidando a un puñado de crios. Siempre se había sentido orgullosa de ser una mujer soltera y urbana, pero el simple pensamiento de tener un marido y unos hijos la hizo vibrar de emoción.

Ella nunca había pensado en tener hijos, pero sí había supuesto que sería tía ya que Suzy era muy maternal. ¿Cómo sería la sensación de dar a luz a un hijo propio? ¿Se volvería uno blando y sensiblero? ¿O sería todo tan emocionante que nada de lo demás importaría lo más mínimo?

Lainie pestañeó para sofocar las lágrimas y se frotó los ojos. Dirigió una mirada hacia Sloan, preguntándose qué opinaría él de tener hijos. Pero inmediatamente se volvió hacia la ventana, criticándose por ser tan idiota. Era la típica historia sobre la que advertía muy seriamente a sus lectores. Conoces a un tipo durante tres días, compartes con él un beso espectacular y cierta intimidad, y ya te pones a pensar en el matrimonio. Sabía que ese tipo de pensamiento no conducía a ninguna parte. Le había aconsejado a miles de jóvenes inmaduras que no hicieran semejante tontería.

Y, además, estaba casi segura de que Sloan no era de los que se comprometía con facilidad. Por lo poco que le había contado, parecía que su madre había estado huyendo de un marido agresivo y por eso no había podido establecerse en un lugar fijo. Lainie había oído ese tipo de historias cientos de veces.

Si lo que suponía era verdad, él sería la peor persona para desempeñar el papel de futuro marido. Ese tipo de gente nunca solía llegar a superar sus traumas infantiles. Menos mal que ellos sólo

habían compartido un beso. Lo malo era que había sido el mejor beso de su vida. Por no hablar de la presión de su entrepierna contra su espalda en la ducha la noche anterior.

— ¿Cuánto nos queda? —preguntó ella bajando el volumen.

-Gonzales está a unos quince kilómetros, después tenemos que cruzar Guadalupe y girar hacia el oeste durante otros cuarenta o cincuenta kilómetros -Sloan se estiró en el asiento y bostezó-. Nunca he estado en esa cabaña, pero mi amigo Gabe me ha dado las instrucciones necesarias para llegar. No debe ser difícil de encontrar -Sloan dirigió a Lainie una mirada curiosa-. Has estado mucho tiempo callada. ¿Qué estabas pensando? ¿En quién podría ser tu agresor?

Ella meneó la cabeza y se frotó las manos.

-Sólo eran ensoñaciones -zanjó ella la cuestión sintiéndose un poco avergonzada. En vez de haber pensado en su difícil situación, se había dedicado a fantasear sobre un posible marido y unos hijos.

Después de haber cruzado el puente del río Guadalupe, Lainie volvió a deleitarse en el panorama de granjas aisladas y pequeños pueblos encantadores. Pasaron por delante de un vivero de árboles de Navidad, de una finca de melocotoneros y de otra de nogales. Los árboles que flanqueaban la carretera eran cada vez más gruesos.

-El paisaje es precioso -comentó Lainie cuando pararon en el semáforo de entrada a Sequin.

-Tengo hambre. ¿Te importa si paramos en algún sitio a comer algo? -preguntó él aparcando al lado de una tienda de comestibles.

Ambos salieron del coche y él admiró las curvas que marcaban los vaqueros de ella. Pero estaba seguro de que sólo estaba impresionado por ella por causa de la forzada proximidad. En su vida, la gente entraba y salía, pero nunca se quedaba, y así seguiría siendo. Todo lo que tenía que hacer era apartarse de la tentación, pero sabía que una noche más como las dos anteriores podría con su firme determinación.

Comieron en el coche y luego siguieron rumbo a la cabaña en dirección oeste; al cabo de tres kilómetros cruzaron un río y cambiaron de dirección. Se adentraron en un bosque espeso por un camino que se quedó cortado de pronto. Sloan pensó que debía haberse perdido.

-¡Mira! -exclamó Lainie-. ¿No ves esa casa de madera detrás de los árboles?

Sloan vislumbró la casa que Lainie le señalaba. Los arbustos habían crecido tanto que entorpecían la visibilidad.

-Quédate aquí -dijo bajándose del coche-. Comprobaré que ésa es la casa que buscamos.

-De eso nada, voy contigo, estamos juntos en esto -dijo ella

abriendo la puerta para acompañarlo.

Abriéndose paso entre los arbustos, Sloan y Lainie se dirigieron hacia la casa. Pero él tenía sus dudas, la descripción que le había hecho su amigo sobre la cabaña no coincidía con esa lujosa casa, grande y bien cuidada. A la izquierda estaba la puerta principal con un porche delante. Al acercarse un poco más, Sloan vio que la casa tenía un camino de entrada. Debía haberse pasado la desviación.

-Me encanta esta casa -alabó Lainie, conmovida-. Mira el porche. Es precioso.

El porche era enorme y estaba pintado en blanco y azul. Había maceteros de cobre llenos de violetas y un par de mecedoras de mimbre de color blanco junto a una mesa. Las contraventanas eran de color azul y los alféizares estaban llenos de prímulas rosas.

Todo era demasiado colorista para el gusto de Sloan, pero Lainie no hacía más que soltar exclamaciones de admiración mientras inspeccionaban los alrededores, cuidadosamente ajardinados. Ella se dirigió resueltamente hacia la puerta principal.

-Espera -dijo Sloan agarrándola del brazo-. Estudiemos un poco el lugar antes de arriesgarnos a entrar. No estoy del todo seguro de que estemos en la casa correcta.

-Es la única casa que hay en los alrededores. ¿Cómo podríamos estar seguros?

-Se supone que debe haber un buzón para la agencia inmobiliaria.

-¡Lo veo! -dijo ella señalando un buzón metálico sujeto sobre un poste—. Estoy segura de que éste es el sitio.

-Déjame echar un vistazo. No perdemos nada si somos un poco precavidos.

Cuando empezaron a dar la vuelta a la casa, un gran pájaro salió de un arbusto de lilas y se echó sobre ellos.

-Cuidado -dijo Sloan-, debe de haber un nido cerca, la madre nos atacará si nos considera una amenaza.

Comprobaron todas las ventanas laterales en busca de huellas de que hubieran sido forzadas y llegaron al patio posterior, donde había una chaise lounge, dos sillas de hierro forjado y una mesa de cristal debajo de un cerezo. Detrás del patio y al fondo de un prado estaba el río con un pequeño fondeadero de madera.

El silencio era evidente.

-¿Te convences ahora? Estamos solos -dijo Lainie—. ¿Podemos entrar ya?

Él murmuró algo por lo bajo, pero la soltó y se encaminó hacia la puerta principal. El calor del día empezaba a hacer acto de presencia y Lainie estaba sudando. Ansiosa por entrar para refugiarse del sol y

para ver la casa por dentro, se adelantó a Sloan. Si el exterior parecía un paraje de cuento de hadas, el interior tenía que ser fantástico.

Sloan marcó la combinación de números que su amigo le había dado para abrir el buzón y recoger la llave. Luego abrió la puerta principal.

-Déjame que entre yo primero para echar un vistazo -dijo mientras se secaba el sudor de la frente con la manga de la camisa.

Pero Lainie se coló por debajo de su brazo y vio el que el salón estaba a la derecha. Era tan acogedor y estaba tan ordenado que ella estuvo a punto de gemir de placer. El gran sofá central y las dos cómodas butacas invitaban al descanso. La chimenea añadía encanto al conjunto. Una de las paredes tenías puertas correderas de cristal que daban al patio trasero.

Lainie se apresuró a reconocer el resto de la casa mientras Sloan registraba los armarios y los rincones. La cocina estaba al fondo de la casa, la rusticidad del suelo de madera de roble contrastaba con la modernidad de los muebles de cocina. Las paredes estaban alicatadas con pequeñas teselas blancas y verdes que conferían a la sala una alegre nota de color. El sol entraba a raudales por las ventanas. Lainie soñó con agradables desayunos a base de café, zumo de naranja y tostadas. A la derecha estaba el comedor con una gran mesa redonda.

Luego corrió escaleras arriba y empezó a abrir las puertas de todos los dormitorios y cuartos de baño. Al llegar a la última puerta, se encontró con el dormitorio principal. No era tan grande como el que él tenía en Houston, pero era tan encantador que ella se sintió cautivada.

Una espléndida cama de matrimonio de tamaño grande y con un armazón de hierro forjado se cubría con un edredón de varios tonos de azul. Había también una silla tapizada de raso y unas cortinas de cretona hechas a mano completaban el conjunto.

Todo era hogareño, casero... y seguro. Nada en el mundo podía ir mal mientras estuvieran en esa casa. La existencia del agresor y la rutina diaria se habían quedado lejos, allá en Houston.

—Deberías haberme esperado —dijo Sloan metiendo la cabeza por la puerta—. Podría haber sido una emboscada.

-¿No es sencillamente espléndido? -preguntó ella girándose en redondo y haciendo caso omiso de sus palabras-. Parece... parece..., parece un casa encantada para pasar una luna de miel.

El frunció el ceño.

-Gabe me dicho que en ocasiones se lo ha alquilado a parejas de recién casados. Desgraciadamente, le han cambiado de destino y se ve obligado a venderla -explicó Sloan, acercándose a la ventana-. Ven,

mira, desde aquí se puede ver el río.

Lainie apartó un poco la cortina y dio un grito ahogado al ver la magnífica panorámica.

-Es increíble -comentó-. Nunca he tenido mejores vistas -dijo Sloan depositando una mano sobre el hombro de ella.

Lainie volvió la cabeza y se lo encontró mirándola. Se sonrojó y deseó apartar la mirada, pero no pudo. Él extendió una mano y capturó su rostro con la palma.

-Debes estar exhausta, Lainie -dijo mientras acariciaba su mejilla con el pulgar-. ¿Por qué no te echas una siesta mientras aparcó y saco el equipaje?

-No..., no estoy cansada -tartamudeó ella-. ¿Por qué no quieres que baje a ayudarte?

—Puedo hacerlo yo solo —dijo él soltándola con suavidad-. Será mejor que te acomodes antes de que vaya a inspeccionar el sótano.

-Pero...

-Por favor, Lainie. Relájate y déjame que controle la situación, ¿de acuerdo? -insistió él

Él desapareció en dirección al vestíbulo sin esperar respuesta. ¿Qué había significado esa mirada?, se preguntó Lainie, sintiendo aún en su cuerpo las huellas que habían dejado sobre ella sus ojos y su mano. Era la sensación más erótica que había experimentado en toda su vida y la había dejado anonadada.

Necesitaba echarse un poco de agua fría en la cara y se dirigió al cuarto de baño. Pero la magnífica vista del exterior la atrapó cuando estaba de camino.

El cielo azul y claro se veía entre las hojas de los árboles. La primavera estaba en su apogeo. El calor de sol se colaba por los cristales de la ventana, arrullándola con su gentil promesa.

Abrió la ventana para escuchar el gorjeo de los pájaros en el jardín. El sitio era maravilloso. Sloan la había llevado hasta el paraíso. Allí no podría repetirse ninguno de los incidentes de Houston.

Sólo tardó un instante en bajar las escaleras y salir al jardín por la puerta trasera. Tomando una amplia bocanada de aire, Lainie empezó a relajarse. Levantó la cabeza para sentir el calor del sol sobre el rostro cuando, de repente, avistó un cervatillo abrevando en el río. Era adorable. Y qué paz se respiraba.

Preguntándose si debería acercarse para verlo mejor, se abrió paso con cuidado entre los arbustos, pero el cervatillo husmeó el aire y salió corriendo. Lainie corrió detrás de él y estaba a punto de quedarse sin aliento cuando descubrió a un pescador entre las sombras. El hombre la vio al momento.

-Hola -saludó el pescador-. ¿Qué tal?

Llevaba pantalones vaqueros, botas de agua y un sombrero verde. Sus manos sostenían una caña.

-Hola, ¿ha visto a ese cervatillo?

-¿Ahora? No, pero los bosques están llenos de ellos en esta época del año.

-¿Vive usted por aquí?

-He alquilado una cabaña río abajo durante un par de semanas. ¿Es suya esa casa? -añadió mirando por encima del hombro de ella.

Ella abrió la boca para decir que no, pero se detuvo al oír algo entre los matorrales. Antes de volverse, vio miedo en los ojos del pescador. Mientras el extraño permanecía mudo de asombro, Sloan apareció desde detrás de un árbol, corrió hacia ella, la abrazó y la besó con pasión.

-Ah, aquí estás cariño -dijo finalmente-. Te he estado buscando por todas partes.

Lainie trató de soltarse, pero Sloan la sujetaba con firmeza.

-Sloan, ¿qué...?

Él la tomó de la cabeza y presionó su rostro contra su pecho, ahogando sus palabras y dejándola sin respiración.

-Hola, vecino -saludó Sloan-. Siento que mi esposa le haya espantado a los peces. Somos recién casados, ¿sabe?, y me temo que acabamos de tener nuestra primera pelea.

¿Recién casados? ¿Pelea? ¿De qué hablaba Sloan?, se preguntó Lainie.

-Ah, no se preocupe, venía detrás de un cervatillo -dijo el pescador.

-Lo que quería era que yo viniera a buscarla —repuso Sloan—. Pero mis padres llegarán de visita dentro de unos minutos y, por más que me apetezca jugar con mi esposa en el bosque, creo que debemos volver a la casa inmediatamente.

—Entiendo. No quiero entretenerlos —se despidió el pescador.

Lainie consiguió deshacerse del abra/o de Sloan.

-¿Qué...? -dijo antes de que la boca de Sloan aterrizara sobre la de ella.

Atónita, renunció por completo a defenderse y se entregó a las inesperadas y maravillosas sensaciones de su cuerpo. Sin dejar de besarla, Sloan la tomó en brazos y se encaminó de vuelta a la casa. Cuando llegaron al porche, la depositó en el suelo, pero sin soltarla del todo.

-¿Te has vuelto loco? -preguntó ella.

-No, sólo pretendía ser un buen guardaespaldas —dijo él abriendo la puerta principal para tomarla de nuevo en brazos, entrar y cerrar

tras de sí-. Pero ahora estoy pensando en otra cosa.

Se encaminó hacia las escaleras.

-Suéltame -chilló ella, estremeciéndose de miedo. Era obvio que Sloan había perdido la cabeza.

-Aún no -gruñó él mientras subía los escalones de dos en dos.

-Suéltame ahora mismo -insistió Lainie mientras él entraba en el dormitorio principal.

-¿No sabes callarte la boca de vez en cuando? -la provocó Sloan mientras se sentaba en el borde de la cama con ella en el regazo.

-Espera un momento... -farfulló ella llena-de indignación.

-En esta ocasión estoy yo al mando, ya te llegará tu turno -susurró él acercando la boca a sus labios mientras ella lo miraba sorprendida.

A continuación, Sloan se ocupó de que ella supiera cuáles eran sus intenciones besándola con ardor.

Capítulo Ocho

Sloan acabó el beso, tratando de encontrar las fuerzas suficientes como para impedir que su cuerpo se entregara a la necesidad que sentía. Pero al mirarla, su primer impulso fue besarla de nuevo. Lainie yacía en la cama, sonriéndole de la misma manera con la que él había soñado cientos de veces durante las últimas cuarenta y ocho horas.

La mirada de ella era diabólicamente erótica y su respiración tan agitada como la de él mismo. Sloan se sintió hechizado. Deseó explorar cada centímetro de su cuerpo y encontrar cada punto erógeno, por muy oculto que estuviera. En cierta forma, podría decirse que él ya lo sabía todo sobre ella, ya que la había desnudado con el pensamiento cientos de veces. Y, sin embargo, la excitación de la aventura había hecho presa en su cuerpo.

Había deseado que se produjera ese encuentro durante dos largos días, y había luchado contra él, pero parecía que finalmente habían llegado al momento de la verdad. Se mordió el labio al pensar si sería capaz de darle lo que ella necesitaba, pero la necesidad se había convertido ya en urgencia.

Alargó una mano para acariciar su rostro con los nudillos. Seda pura.

-Lainie... -susurró con voz temblorosa.

Ella tenía los ojos cerrados y no se movía.

-Lainie -insistió él-, ya sé que te he dicho que yo me haría cargo de la situación..., pero si no tienes los mismos deseos que yo..., si te he interpretado mal..., por favor, dime que pare. Dentro de un par de minutos será demasiado tarde.

Ella abrió los ojos al fin para escrutar su rostro lánguidamente.

-Si no fuera así, no estaría aquí, Sloan. Eres un hombre de acción, así que cierra la boca y bésame.

-Ahora mismo, cariño -dijo él recuperando el coraje que le faltaba.

La besó en el rostro y descubrió que, tal y como él había imaginado, su piel sabía a crema de melocotón. La sensación de deleite le volvió loco. Ella emitió un suave gemido y él se perdió en la luminosa mirada de sus ojos verdes mientras pasaba la lengua por sus labios. Quería tratarla con delicadeza antes de dar rienda suelta a las intensas exigencias de su cuerpo. Presionó la boca sobre la parte anterior de su muñeca y se detuvo para lamer la tierna piel, sintiendo cómo el pulso de ella se aceleraba. Sloan se vio invadido por sensaciones eléctricas que recorrían todo su sistema nervioso. Ella

apretó los puños y gimió cuando él llegó con la lengua hasta la parte anterior del codo.

Sloan perdió definitivamente el control, dando paso a una urgente excitación llena de ardor. Pasó una mano por su muslo hasta llegar a la cadera, y después a la cintura, para luego acariciarla por debajo de su camiseta. Cuando tocó la sensible piel de su espalda, ella se arqueó, ofreciéndose.

Lainie volvió a abrir los ojos despacio y Sloan comprobó que estaban repletos de pasión. Había llegado el momento de pasar resueltamente a la acción, así que él le quitó la camiseta. Ella abrió las piernas instintivamente y él metió la rodilla entre ellas. Inclinándose de nuevo, Sloan la besó en la boca con renovada intensidad. Lainie gimió y estrechó el abrazo. El abandonó su boca para dirigirse hacia la barbilla y el cuello mientras ella musitaba su nombre y se agarraba a sus hombros. Las manos de él se colocaron inmediatamente sobre sus pechos, acariciándolos suavemente al principio y después con mayor vigor hasta que sus pezones estuvieron duros. Su mayor deseo era que ella sintiera la pasión con tanta intensidad como él.

-Sloan, por favor... -suplicó Lainie.

El le apartó los tirantes del sostén con los dientes, retiró las cazoletas y le lamió los pechos, deteniéndose a juguetear con los pezones. Ella se arqueó de nuevo, haciendo presión contra su boca mientras las puntas rosadas de sus pechos se hinchaban aún más. La tentación de regodearse en las partes más sensibles de su cuerpo pudo con la necesidad de poseerla. Le acarició los muslos durante unos instantes antes de hundir la mano en el centro de su feminidad. Ella se estremeció.

—Por favor, por favor... —suplicó de nuevo Lainie-, deja de jugar y hazme el amor ya.

El sonrió al oír esas palabras y decidió prolongar la vibrante tortura quitándole los pantalones muy despacio. Después metió una mano por debajo de las braguitas y acarició los sensibles pliegues que allí encontró antes de centrarse en la perla del placer femenino.

Se le llenaron los dedos de una cálida humedad y él insistió con el pulgar en el centro del deseo de Lainie. Ella soltó un gemido, permaneció rígida durante un instante y luego pareció derretirse en una oleada de sucesivas convulsiones. Sloan miraba fascinado cómo ella llegaba a las más altas cotas del placer.

Mientras ella recuperaba el aliento, él se libró de sus ropas. Ella abrió los ojos y tendió los brazos, dándole la bienvenida.

—Paciencia, corazón —pidió Sloan acariciándole el vientre. Aún estaba impresionado por las expresiones de placer que se habían

dibujado en el rostro de ella a medida que alcanzaba el clímax. De pronto la misión que acababa de realizar, la de darle placer a ella antes que a sí mismo, se convirtió en la más importante de su vida.

Él volvió sobre sus pechos y ella entretejió los dedos en su cabello, masajeándole la cabeza mientras emitía gorjeos entusiastas. Él lamió su vientre y luego se concentró en el ombligo, hundió la lengua y después trazó una serie de íntimos círculos en torno a él. Desplazándose más abajo, acarició la suave tela que cubría su intimidad. Finalmente tiró del elástico y rasgó la prenda para desprenderla de su cuerpo.

Ella se sorprendió y rió ante su impaciencia. Pero se tensó cuando él se inclinó para continuar el viaje que había emprendido su boca. Exploró su monte de Venus con labios y dientes y luego metió la lengua en la oscura grieta que se abría entre sus muslos. Gimiendo de nuevo, Lainie se retorció dándole paso hasta su centro.

Se oyó otro gemido, pero Sloan ya no sabía si era suyo o de ella. Sintiendo que tenía el cuerpo de Lainie completamente bajo control, se empeñó en jugar a excitarla casi hasta el límite, para luego dejarla descansar y empezar de nuevo. Hubiera deseado seguir así para siempre, pero se dio cuenta de que le quedaba poco tiempo.

Sloan depositó un beso en el más secreto de sus recovecos y ella se tensó, apretándose contra él.

-Hazlo ahora, por favor, Sloan -ordenó ella fuera de sí con un tono de voz entre tirante y desesperado—. Me... me estás volviendo loca. Necesito..., lo necesito.

-En seguida -susurró él colocándose el preservativo con premura.

Él ya había dejado de contenerse cuando le tomó la cabeza con ambas manos y se introdujo en el húmedo y celestial pasaje que conducía al centro de Lainie. Se sintió asaltado por un mar de sensaciones cálidas y pulsátiles se sintió, por primera vez, como si estuviera en casa.

La mujer llena de embrujo que estaba debajo de él lo miró con los ojos empañados. Respirando entrecortadamente, ella alzó las caderas para profundizar en la penetración. Él se quedó quieto, disfrutando de todas las sensaciones que ella creaba, pero pronto no pudo aguantarlo más.

-¿Estás bien? -le preguntó a Lainie, dándole una última oportunidad antes de volverse loco por completo.

-No -repuso ella con una diabólica sonrisa-. Si no terminas esto de inmediato, te juro que te mato, Sloan Abbott.

Ésas fueron las últimas palabras que él oyó antes de que ella empezara a balancear las caderas de nuevo, generando una cascada de

contracciones que lo pusieron fuera de sí. Él se limitó a bombear mientras la musculatura interior de ella lo succionaba con movimientos giratorios.

Finalmente..., en casa, pensó Sloan.

Él la oyó gemir de placer en algún lugar de una distante nebulosa y, al cabo de unos momentos, una ola de lava caliente los inundó a ambos, sin él pudiera evitar un grito al experimentar su propia explosión interna.

Cuando Lainie recuperó la consciencia, Sloan estaba derrumbado sobre ella. Era la postura más cómoda e íntima en la que se había encontrado jamás. Adoraba sentirse tan cerca de él. Si hubiera sido posible, habría tejido una red en torno a ellos dos para no abandonarlo jamás.

Sloan la abrazó y rodó hasta quedarse de espaldas, con ella encima. Lainie se acomodó sobre él y oyó el errático pulso de su corazón. En sus veintiocho años de vida, jamás había llegado a imaginar lo que estar con un hombre podía llegar a significar. ¿Cómo podría haber soñado siquiera con que algo tan irreversible iba a sucederle con ese hombre en concreto? Aunque la idea sonara fatalista e impetuosa, ella sabía que, en el fondo de su corazón, Sloan ocuparía el lugar del único hombre que podría hacerla realmente feliz para siempre.

Pero Lainie no estaba contenta, no deseaba estar enamorada del él. Si hubiera sabido de antemano que sus emociones iban a cobrar tal intensidad, jamás habría dejado que las cosas llegaran tan lejos. Pero todo había sucedido corno si hubiera sido inevitable.

Cerró los ojos y contuvo un gemido. ¿Qué había hecho? Tendría que haber sido lo suficientemente cauta como para contener sus emociones cuando su vida acababa de dar un giro inesperado. Algo dentro de ella había cambiado para siempre.

Sloan era un solitario, un hombre sin ataduras y sin la menor intención de comprometerse. Justo el tipo de hombre del que una mujer no debería enamorarse nunca. Una sombría imagen de sí misma, triste y sola, enamorada de un hombre que jamás podría correspondería, ocupó su mente.

Trató de sentarse, pero Sloan la estrechó contra su pecho.

-No te vayas aún -imploró él besándola suavemente en el hombro —. Ha sido impresionante. Eres increíble, Lainie.

-¿De veras? -sonrió ella ante el cumplido-. No estaba segura de lo que sentirías, al fin y al cabo, apenas nos conocemos.

-Ya sentí lo mismo la primera vez que te vi. Y ciertamente pensé que, después de la noche de ayer, nos conocíamos lo bastante.

-Hum... Es cierto, da la impresión de que haya sido cosa del destino.

-No pareces estar demasiado segura. ¿Te arrepientes?

-No, no me arrepiento -dijo ella acariciando los labios de él con un dedo-. Pero puede que me sienta un poco culpable. No suelo meterme en la cama con un tipo al que sólo conozco desde hace un par de días, ya sea un ranger tejano o no.

-¿Quieres que olvidemos lo sucedido y que volvamos a nuestra antigua relación del guardaespaldas y la mujer en peligro? -preguntó él con cierta vacilación presionando los labios sobre su sien.

-No. Nunca podríamos retroceder, jamás... aunque quisiéramos -independientemente de lo que el futuro les tuviera reservado, ella no habría querido perderse la experiencia que habían compartido por nada del mundo.

Él chasqueó la lengua.

-Quiero que sepas que hablaba en serio cuando te dije que la próxima vez estarías tú al mando -dijo, acariciándole el pelo-. No dejes que pase demasiado tiempo -añadió, suplidamente.

-Estás de broma -rió ella, sorprendida por la idea..., pero al instante notó cómo la virilidad de él crecía contra su vientre. Y con ella, su propio ardor.

¿Cómo podía desearlo tanto cuando sabía que el sexo sería lo único que llegarían a compartir?, se preguntó Lainie.

Él tensó su cuerpo para incorporar la cabeza.

-¿Es demasiado pronto para repetir? -preguntó-. ¿Estás... dolorida? ¿Tienes hambre? ¿Estás cansada?

Lainie constató que su cuerpo, desvergonzado y libre, hacía caso omiso de las más sensatas advertencias de la razón, incendiándose de inmediato. No parecía haber espacio para la cordura. Rotó las caderas sobre su miembro y se alzó sobre las manos, estirando los brazos.

-¿De verdad crees que estoy demasiado cansada, sargento Abbott? -lo incitó.

El dejó que sus manos resbalaran por las caderas de ella y luego se las levantó un poco para que su virilidad enhiesta encajara en la húmeda oquedad femenina. Ella se sintió atravesada por un relámpago de fuego que se trasmitió por todas sus venas. La sensación era extraña, pero perfecta, lujuriosa, decadente y... completa.

Ella se separó un poco, pero él se alzó para penetrarla más profundamente aún, consiguiendo hacerla temblar de placer. Mirándolo intensamente a los ojos, ella cabalgó sobre él con total abandono.

Mientras, Sloan pellizcaba y masajeaba sus pechos, lamiendo y

mordiendo sus pezones por turno. Luego la agarró por las caderas para frenar el ritmo, pero ella no pudo soportarlo y tiró hacia arriba para luego dejarse caer hasta el fondo, fundiéndose con él en el momento culminante del clímax, que dio paso al derrumbe de ambos sobre la cama en un estado de práctica inconsciencia.

Sloan se despertó con la brillante luz del día en una cama vacía. Cuando alargó los brazos para estrechar a Lainie, como había estado haciendo durante toda la noche, se encontró un hueco de sábanas frías y arrugadas.

Se sentó de golpe con una primera reacción de pánico. ¿Pasaba algo malo? ¿Se había sumergido de tal manera en Lainie que había olvidado todo lo referente al agresor?

Después oyó correr el agua de la ducha y volvió a derrumbarse sobre las almohadas, soltando el aliento que había mantenido retenido. Gracias a Dios.

En aquel momento, los principios que gobernaban su vida estaban hechos jirones. Estaba tan hechizado por Lainie que ni siquiera podía explicarse el por qué. Hasta la noche anterior había creído que un buen revolcón en el pajar disiparía la ternura que había empezado a sentir por ella. Por mucho carácter que pareciera tener, cuando la miraba a los ojos sólo veía las vallas recién pintadas de una granja y un tropel de crios. Estaba claro que era una devota de la familia, aunque la suya no fuera perfecta. Pero daba la casualidad de que la familia no tenía ningún interés para él.

Sin embargo, sí estaba interesado en ella. Bastaba recordar la forma en que se le iluminaban los ojos cuando estaba pensando en divertirse. La determinación que mostraba al hablar de su vida profesional. La serena expresión de su rostro cuando lo miraba.

Llevaba todos aquellos días pensando que eran seres opuestos, pero ya empezaba a preguntarse si se habría equivocado. Aunque la verdad era que nada de lo que había entre ellos parecía tener demasiado sentido, excepto... que después de haberla visto estallar entre sus brazos, ya no podía haber vuelta atrás.

Era posible que lo mejor fuera que cada uno regresara a su antigua rutina por separado, olvidando el romance, pero sabía que su vida había cambiado para siempre. Y estaba decidido a que ella siguiera en su cama hasta que se detuviera al agresor.

De pronto, oyó un chillido procedente del baño. Sloan apartó la ropa de cama y corrió hacia allí. Llamó vigorosamente a la puerta y entró sin esperar respuesta.

-¿Lainie? ¿Qué pasa?

—¿Qué? Espero que seas tú, Sloan. No te oigo bien con el ruido del

agua.

Él se asomó retirando un poco la cortina de la ducha. Ella estaba completamente enjabonada, aclarándose bajo el chorro de la ducha. Sloan se sintió excitado al momento, literalmente desesperado por volver a poseerla, así que entró en la ducha y se colocó detrás de ella.

-Pensé que había pasado algo. ¿Por qué has gritado?

-¿Qué haces aquí? -preguntó Lainie volviendo la cabeza-. ¿Qué te pasa? -preguntó tratando de apartarse el jabón de los ojos para poder verlo.

Sloan no se podía creer que aún tuviera fuerzas para enardecerse después de la increíblemente larga noche que habían pasado. Pero con sólo mirarla, su corazón se aceleraba a cien por hora.

—Pensé que tenías algún problema. Gritaste -dijo abrazando su escurridizo cuerpo.

-Yo no he gritado. Se me cayó el frasco de champú sobre un pie. Además, yo no grito nunca.

-¿Qué te apuestas? -preguntó él aspirando el aroma a fresa del jabón-. Te apuesto lo que quieras a que soy capaz de hacerte gritar en cuestión de minutos.

Ella apoyó las manos sobre sus hombros mientras él se inclinaba para besarla. Gimió y se separó de él para mirarlo con tal pasión en los ojos que Sloan se quedó sorprendido.

Calma, cariño -dijo acorralándola contra los azulejos. Bajó las manos hasta su trasero y la agarró con fuerza-. Pásame los brazos por el cuello.

Lainie obedeció instintivamente y alzó las piernas para rodear su torso, clavándole las uñas en los hombros. El agua caía sobre ellos.

—Sloan, por favor, ahora... ahora...

Él sintió cómo ella tensaba todos los músculos de su cuerpo e inclinó la cabeza para lamerle un pezón mientras orientaba su miembro con una mano para introducirse en ella. Ella le mordió en el hombro.

-Vamos, Lainie -urgió él-. Déjate llevar. Todo va bien. Estás bien sujeta.

Las primeras oleadas de placer se adueñaron de ella mientras él la embestía. Finalmente, él gimió de gozo con el último empujón al tiempo que los gritos de placer de ella sonaban como música celestial en sus oídos.

Capítulo Nueve

-Hum... dame de comer -ella estaba estirada sobre la cama deshecha junto a él, disfrutando de la estupenda pereza que había seguido a una maravillosa ducha.

-¿Qué te apetecería comer? -preguntó Sloan guiñándole un ojo y apoyándose sobre un codo para pasar suavemente un dedo entre sus pechos.

Sonriente, Lainie se sentó en el borde de la cama, dándole la espalda y tratando de defenderse de la tentación de volver a caer entre sus brazos.

-Comida de verdad. Necesito algo sustancioso. Eres maravilloso, pero creo que no voy a poder seguir adelante si no como algo antes.

La idea de tocarlo y de que él la tocase de nuevo la volvía loca, sin importarle para nada lo exhausta y satisfecha que se encontraba. En ningún momento había pensado que podría obtener tanto de Sloan.

-Bueno, en ese caso -dijo él poniéndose en pie-. ¿Qué te parecen unos huevos con tostadas?

-¿Y café? -sugirió ella dándose la vuelta para verlo enfundarse en unos vaqueros.

-Sin duda. Y café.

Era un hombre monumental, se dijo Lainie podría pasarse el día entero mirándolo. Sus movimientos eran precisos y atléticos. Y sus músculos parecían los de un levantador de pesas. Aunque la verdad era que ella no se lo podía imaginar perdiendo el tiempo en un gimnasio.

Sloan se puso una camisa, se la dejó desabotonada y se encaminó hacia el baño para afeitarse. Ella se cubrió rápidamente con un albornoz y salió detrás de él.

-¿De dónde vamos a sacar la comida?

-Compré provisiones ayer en el mercado y las metí en la casa mientras tú te entretenías hablando con ese sospechoso pescador -él se estaba embadurnando la cara con crema de afeitar.

-¿Sospechoso? ¿De veras? -preguntó ella con los ojos entornados dispuesta a tener una pelea-. En mi opinión, ese hombre era un simple vecino aficionado a la pesca.

-Ya veo. ¿Has llegado a esa clarividente conclusión porque eres una experta en el deporte de la pesca?

Ella dio un paso hacia delante para poder verlo en el espejo.

-Nunca he ido a pescar, pero ese hombre llevaba la ropa adecuada.

Y sostenía una caña en la mano.

Sloan se tensó la piel de la cara con una mano y procedió a afeitarse una mejilla.

-Hum. Entonces no sabes si tenía puesto un cebo en el anzuelo...

-No sé cómo se usan los cebos, pero el hombre parecía simpático.

Sloan soltó una risotada ronca.

-Puede que te dé alguna clase de pesca mientras estamos aquí -dijo, haciendo una pausa para afeitarse cuidadosamente la barbilla—. Pero no antes de que compruebe de dónde salió ese hombre y dónde está ahora -añadió soltando la maquinilla.

Lainie lo abrazó por detrás y apoyó la mejilla sobre su espalda.

-Ranger Abbott, ¿por qué será que eso me suena a una cita? ¿Me estás pidiendo que salga contigo a pescar? ¿Podemos preparar también un almuerzo campestre? -preguntó ella mientras dejaba resbalar las manos por su torso hasta entrelazar los dedos entre su vello pectoral.

A continuación, él se dio la vuelta.

-Pequeña embaucadora. No puedo pensar con claridad cuando estás cerca de mí.

Él aún tenía rastros de espuma en la cara, pero ella sólo vio sus ojos ardientes de pasión. Sloan la besó ligeramente en los labios y luego la estrechó contra sí. Ella sintió cómo sus pezones se endurecían al contacto con el plano sólido de su pecho mientras su corazón empezaba a bombear a toda prisa, haciendo correr la sangre por sus venas.

Él la besó con pasión en torno a la boca y por el cuello. Metió la mano por debajo del albornoz y aprisionó uno de sus pechos. Lainie aspiró el aroma cítrico de su crema de afeitar y empezó a sentir el pulso del deseo. Apretó las caderas contra las de él y las movió. Pero, en ese momento, se quejó su estómago.

Sloan levantó la cabeza y la sostuvo por los hombros.

-Parece que tienes hambre, cariño -dijo con tono ronco-. Supongo que voy a tener que darte de comer antes de que pasemos el día entero en la cama. No me gustaría que te murieras por inanición mientras estoy a cargo de protegerte la vida.

Lainie se sonrojó y él se acercó al lavabo para echarse agua sobre la cara.

Ella salió del baño y optó por vestirse decentemente antes de que su cuerpo terminara de traicionarla. Nunca había visto afeitarse a un hombre. Había sido tan íntimo, tan erótico. Casi sin aliento, tomó unos vaqueros y una camiseta. Se los puso y luego se cepilló el pelo para aparentar una cierta compostura mientras trataba de apartar los

pensamientos eróticos de su mente.

Las doce últimas horas pasadas con él habían resultado tan domésticas e íntimas que necesitaba con urgencia recobrar la normalidad. En cuanto la policía capturara a su agresor, Sloan seguiría su camino. Obviamente, tenía algo importante que hacer, aquello para lo que había pedido un permiso a sus superiores. Y ella estaba segura de que él deseaba volver a su trabajo cuanto antes, por lo que Lainie volvería también a su rutina habitual.

La sensación de intimidad entre ellos no era más que una simple ilusión.

Había pensado en varias ocasiones decirle que lo amaba, ya que ésa era la conclusión a la que había llegado. En ciertos momentos había deseado incluso gritárselo a todo el que quisiera escucharla. Se había enamorado por primera vez en su vida y el efecto era devastador.

Pero Lainie no era tan ingenua como para confesarle a Sloan su amor. Un hombre que apreciaba tanto su libertad saldría corriendo al oírla. Sin embargo, estaba dispuesta a disfrutar de su compañía hasta el límite mientras estuvieran juntos.

Él salió del baño, metiéndose los faldones de la camisa dentro de los vaqueros. La miró mientras se sentaba para ponerse las botas.

-El cuarto de baño es todo tuyo -dijo-. Prepararé el café.

Sloan metió un par de rebanadas de pan en la tostadora y se sorprendió a sí mismo canturreando y sonriendo con Lainie en el pensamiento. No recordaba que ninguna otra mujer le hubiera afectado de tal manera.

Estaba impresionado por sus ganas de vivir y por su interés por aprender cosas nuevas. Era verdad que era quisquillosa y peleona, pero también era muy sensible y divertida. No conocía a nadie que se inflamara de pasión tan rápidamente como ella, ni tampoco a nadie que se sonrojara tan a menudo.

Esa mujer constituía un sorprendente milagro que había sabido abrirse paso hasta su corazón.

-Ya huele a café -dijo Lainie colándose en la cocina-. ¿Está listo?

-Sí, señora. Busca una taza en ese armario. Los huevos estarán preparados en un instante.

Lainie se llenó la taza, dio un sorbo y luego se puso a mirarlo mientras él hacía los huevos revueltos.

-¿Señora? ¿Qué manera de hablar es ésa? -preguntó ella con tono de mofa.

— ¿Qué prefieres... reírte de mí o desayunar? -repuso él con un tono burlesco de amenaza.

-Ay, lo siento, discúlpeme, caballero. No es que no me guste la etiqueta sureña, pero debo decirte que eres uno de los hombres más puramente texanos que he conocido.

Sloan puso dos platos con huevos revueltos sobre la mesa y un tercero con tostadas. Luego tomó su taza y dio un sorbo de café.

-Siempre he pensado que era un auténtico texano, de nacimiento y educación. He pasado un montón de veranos trabajando en los ranchos y también he estado en el circuito de los rodeos -dijo él antes de tragarse un bocado-. Pero recientemente he descubierto que no nací en Texas. Mi padre creció en Illinois y yo nací en Chicago.

-¿Lo acabas de descubrir? ¿Y tu certificado de nacimiento? Se necesita un certificado de nacimiento para ingresar en la escuela.

-Aparentemente mi madre adquirió un certificado falso para mí. Ni siquiera me llamo Abbott.

— ¿Por qué iba a hacer tu madre una cosa semejante? -preguntó Lainie-. ¿Trataba de ocultarse de un marido agresivo?

-No, creo que los que no la dejaban vivir en paz eran sus suegros. Durante toda su vida luchó como una fiera para mantener nuestras identidades ocultas.

-Lo siento, Sloan. Debe de ser difícil asumir una noticia de esa clase siendo ya adulto. ¿Qué sientes? -se interesó ella metiéndose un trozo de tostada en la boca.

Lo que él deseaba realmente era saber lo que ella pensaba de un hombre que ni siquiera sabía cómo se apellidaba. Pero ella aguardaba su respuesta con la expresión de una experta consejera sentimental.

-Aún no lo sé -admitió él-. He estado tratando de no pensar en ello -cada vez que se acordaba sentía una comezón en el estómago.

-¿Tiene eso algo que ver con el hecho de que hayas pedido permiso a tus superiores?

Bueno, parecía que no le iba a quedar más remedio que hablar de ello, pensó Sloan. Pero no sabía cómo reaccionaría ella al conocer toda la historia.

Apartando el plato mientras apuraba el café, trató de pensar en cómo empezar el relato.

-¿Recuerdas que te conté que mi madre había muerto hacía unos meses?

Lainie asintió y mantuvo la mirada fija sobre él, sin pronunciar palabra.

-Unos días más tarde fui a su apartamento para hacer limpieza y encontré una carta dirigida a mí y oculta entre otros papeles -dijo levantándose para ponerse a pasear por la cocina-. Era su última voluntad: una confesión en toda regla.

Lainie se puso a recoger los platos para lavarlos, pero no lo interrumpió.

Sloan se aclaró la garganta antes de detallar los términos de la carta.

-Mi padre no había muerto en un accidente de coche cuando yo tenía dos años. Era mentira. Fue encarcelado.

Lainie lo miró con sorpresa durante un instante y luego con afecto, pero se mantuvo en silencio.

-Aparentemente, mis abuelos paternos pertenecían a una familia bien acomodada y decidieron que mi madre no tenía la suficiente clase como para casarse con su hijo. Pero se casaron y, cuando mi padre fue enviado a prisión por violar y matar a una amiga de mi madre, la acusaron de tener malas compañías.

-Sloan..., qué horrible debió de ser para tu pobre madre... -dijo ella con dulzura.

Él agradeció el gesto, pero no era un hombre acostumbrado a dejar que la gente sintiera lástima por él.

-Seguramente -admitió finalmente-. En cualquier caso, la cuestión es que mis abuelos contrataron a un abogado para quitarle a mi madre la custodia sobre su nieto. La acusaron de no estar preparada moralmente para criar a un niño. Mi madre era pobre, una huérfana sin estudios de Texas -continuó él-. Sufrió un ataque de pánico y regresó a su tierra. Adoptó otro apellido e inició un rosario de cambios de domicilio por todo el Estado, procurando evitar que las autoridades descubrieran nuestro paradero. Estaba segura de que sus suegros habrían contratado a un ejército de detectives para buscarnos, así que interrumpió el contacto con todos los viejos conocidos y emprendió una nueva vida.

Lainie dejó correr el agua del fregadero para aclarar la espuma y luego se secó las manos.

-Debe de haber sido muy difícil para ti leer esa carta -comentó-. ¿Qué pasó con tu padre?

El se encogió de hombros y trató de sonar desenfadado.

-No lo sé. Mi madre nunca trató de ponerse en contacto con él. Salió corriendo sin mirar atrás.

-Debe de haber soportado un gran peso durante todos estos años —dijo Lainie con simpatía y amabilidad, pero no era eso lo que él deseaba oír-. ¿Se creyó que tu padre era culpable?

-¿Qué?

-¿Se creyó de verdad tu madre que su marido había violado y matado a su amiga?

Sloan aún no se había planteado esa cuestión.

-Tampoco lo sé, no decía nada al respecto en la carta -explicó, sentándose-. Pero, ahora que lo pienso, debió de estar convencida de que era inocente ya que, en caso contrario, no me hubiera pedido que lo buscase en su última voluntad.

-¿Eso te pedía?

-Sí. Me revelaba su nombre y me rogaba que tratara de localizarlo después de todos estos años.

Lainie asintió y tomó asiento junto a él.

—¿Y cómo te sientes ahora que sabes la verdad?

Pero él no quería seguir pensando en el tema.

—Maldita sea, Lainie. ¿Quieres dejar de psicoanalizarme? No te he contado todo esto para que sientas lástima o trates de ayudarme.

—¿Por qué me lo has contado entonces?

Él sintió una punzada en el estómago, como si la tensión del momento se hubiera fijado en ese punto.

-No lo sé -dijo, enervado, levantándose de la silla para acercarse a la ventana, sintiéndose prisionero del misterio de su propia identidad. Al cabo de unos instantes, recuperó el sentido de la realidad-. Tengo que salir. Debo comprobar dónde se aloja ese supuesto pescador y llamar al capitán desde una cabina pública —se volvió para mirarla, pero sus ojos no le dijeron nada-.

117

Creo que estás razonablemente segura, pero no salgas de la casa, ¿de acuerdo? -ella mantuvo la vista fija en la mesa-. Es importante, Lainie -insistió él-. Es una cuestión de vida o muerte. Prométeme que no saldrás de la casa.

Ella se levantó sin perder la calma.

-Deja ya de preocuparte por mí. No pasará nada.

Sloan se preparó para irse, lleno de ira contra ella y de frustración por su propio dilema. Se juró que si esa condenada mujer conseguía que alguien la asesinara por no cumplir sus órdenes, él volvería para rematarla.

Muda de asombro por el repentino cambio de humor de Sloan e incapaz de pensar con claridad, Lainie echó silenciosamente el cerrojo a todas las puertas y subió al piso de arriba para dormir un rato. Le dolían algunas partes del cuerpo que ni siquiera sabía que existían y necesitaba descansar. Pero cuando se dejó caer sobre las almohadas, en vez de dejarse vencer por el sueño, su mente no dejó de darle vueltas a la personalidad de Sloan.

No sabía qué era lo que había provocado su súbita ira. Todo parecía haber ido bien hasta que el tema de su pasado había entrado en la conversación. Ella no se había sentido jamás tan unida a alguien,

pero él había reaccionado con rabia. Trató de concentrarse en adivinar qué podía estar motivando semejantes emociones. Utilizando un sexto sentido y su experiencia para resolver problemas ajenos, Lainie empezó a juntar las piezas del puzzle. Estaba segura de que él sentía algo por ella; la mirada tierna de sus ojos y la sensibilidad con que le había hecho el amor no dejaban lugar a dudas.

También estaba convencida de que un hombre como Sloan no le contaría sus secretos más íntimos a alguien en quien no confiara. El hecho de que su padre estuviera preso parecía avergonzarle, pero Lainie sabía que si él no se hubiera sentido a gusto con ella jamás lo hubiera confesado.

Así pues, no cabía duda de que él estaba interesado por ella. Pero cuando Lainie había tratado de profundizar en sus sentimientos, él había estallado. La ira repentina solía ser un remedio contra el miedo… ¿de qué? ¿De sentirse atrapado por ella?

Quizá ésa era su manera de mantener las distancias. O de recordarle que su compañía tenía los días contados y que no debían intimar demasiado. También era posible que hubiera recordado de repente su trabajo y responsabilidad con los rangers.

Fuera lo que fuera, se había convertido en uno de los intercambios personales más intensos que había experimentado en toda su vida. Pero le hubiera gustado que encontraran la forma de recuperar el sentimiento de intimidad compartida.

Lainie se sintió inesperadamente confusa. Esa era una de las ocasiones en las que necesitaba hablar con su hermana. Suzy había sido siempre su mejor consejera.

Recordó brevemente el desconcertante sueño de la otra noche, en el que Suzy lloraba desconsoladamente. Lainie se preguntó si habría sido lo suficientemente inconsciente como para pensar que su hermana era feliz cuando en realidad tenía problemas. Tuvo la horrible sensación de haberse comportado como una bruja egoísta que realmente no se interesaba por nadie.

Había hablado con su hermana el día anterior desde una cabina pública, pero sólo habían comentado su estado físico. Lainie no había dedicado ni un segundo a su estado emocional. Había estado tan sumergida en su propia aventura con el apuesto ranger que ni siquiera la había dejado hablar.

Lainie miró el teléfono que había en la mesilla de noche y suspiró. Quizá había llegado el momento de hablar en serio con su hermana, dado que estaba segura y protegida en aquella casa de campo.

Sloan se pasó un par de horas valorando los datos que iba reuniendo sobre el supuesto pescador de la tarde anterior. Había

localizado un par de cabañas al otro lado del río. Ambas estaban ocupadas. Frente a una de ellas había una furgoneta y un montón de juguetes desparramados por el suelo. El coche que estaba junto a la otra cabaña llevaba matrícula de Oklahoma.

En cierto momento detectó al hombre objeto de su interés metiendo en el maletero del coche una cesta llena de peces. No había nada sospechoso en aquel escenario y, sin embargo, tomó nota de las matrículas de ambos coches y decidió pedirle al capitán que las investigara.

Compró un teléfono móvil nuevo, con la intención de desecharlo después de usarlo, y llamó al capitán Johnson. Después de darle los datos de las matrículas y una información básica sobre la seguridad de Lainie, preguntó por la salud de su hermana. Sabía que Lainie querría saber cuál era el estado de Suzy en aquellos momentos.

—La salud de Suzy es buena, apenas se nota ya la herida. Pero... -el capitán dudó y Sloan se puso inmediatamente en alerta.

-Si está preocupada por su hermana, capitán, dígale que está en buenas manos.

-Ya se lo he dicho, sargento. No estoy preocupado por Suzy en estos momentos -dijo el capitán, aclarándose la garganta—. Su marido desapareció anoche.

-¿Desapareció? ¿O se marchó voluntariamente?

—Es pronto para saberlo con seguridad, pero aparentemente ambos llevan teniendo rencillas matrimoniales desde hace tiempo. Nadie de la familia lo sabía y, por supuesto, Suzy no quiere que Lainie se preocupe por ella mientras siga en peligro.

-Lo entiendo, capitán. No reveleré esa información a Lainie. Suzy puede dejar de preocuparse.

-Escucha -dijo el capitán con un tono de voz grave-. La verdad es que soy yo el que más preocupado estoy por su desaparición. Siempre he pensado que Jeff Sampson se casó con Suzy por el dinero de su hermana. Lo único que se me ocurre pensar es que ha desaparecido porque sabe algo sobre el agresor que no quiere revelar.

—Desde luego, es demasiada coincidencia.

Capítulo Diez

Al anochecer, Sloan cruzó los bosques en el coche y aparcó delante de la casa de campo. El aire era cálido y húmedo. Un trueno resonaba en la distancia y unas nubes negras oscurecían la puesta de sol.

Había transcurrido un día largo y agotador desde que se había separado de Lainie y el rastro de la furia con la que se había despedido había desaparecido hacía mucho tiempo. Había pensado en ello durante el día y había llegado a la conclusión de que, probablemente, la vergüenza había sido la causa de su mal humor. Pero también estaba el hecho de que Lainie se había convertido en una persona importante para él, y eso le había hecho perder el control.

Nunca había deseado con tanta intensidad ser comprendido por alguien, y jamás le había importado lo que la gente pensara. Pero esa mujer lo había cambiado todo.

¿Podría existir un futuro en común para ellos? Aunque lo intentara, no podía concebir una escena semejante, pero tampoco era capaz de soportar la idea de vivir sin ella.

Sin embargo, él no tenía nada que ofrecer.

123

Ella era rica y famosa y contaba con una familia entrañable y numerosos amigos. No parecía que en su vida hubiera sitio para un ranger tejano. Y Sloan no tenía a nadie, exceptuando la posibilidad de un padre encarcelado al que nunca había conocido.

Se preguntó si ella era la típica persona que pensaba que la gente no superaba nunca sus raíces. Y, al fin y al cabo, su padre había sido condenado por violación y asesinato. ¿Pensaría ella que de tal padre, tal hijo?

No, Lainie era demasiado inteligente como para eso.

Y tampoco le preocupaba demasiado la cuestión económica. El tenía varias cuentas bancarias en Houston, donde guardaba prácticamente todo el dinero de sus salarios, puesto que no lo necesitaba para nada... No tenía ni casa ni familia. Y apenas hacía vida social con los amigos.

Lainie era una de las mujeres más entregadas a la familia que había conocido, mientras que él era casi un vagabundo.

Sloan sacó del coche los comestibles y se dirigió al porche delantero. Un rayo le recordó que el tiempo era muy variable en esa estación del año.

Lainie abrió la puerta y él sintió un agradable sobresalto al verla dirigirse hacia él. Su mera presencia conseguía alterarle el alma. Y eso era algo que no le había sucedido jamás.

—Espero que hayas pasado un buen día —la saludó Sloan con una sonrisa.

-Ningún problema -respondió mientras se hacía cargo de varias bolsas de comestibles antes de volverse para enfilar hacia la casa.

—Estupendo —dijo él siguiéndola hasta la cocina-. Supongo que no habrás echado de menos mi mal genio.

-¿Es eso una disculpa, sargento Abbott?

-Quizá -repuso él poniendo las bolsas sobre la mesa.

Ella sintió una dulce presión en el corazón y tuvo ganas de tocarlo.

-Si quieres que te diga la verdad... todo ha sido demasiado tranquilo, Sloan, te he echado de menos.

Él había comprado comida. Desde que Lainie tenía uso de razón, siempre había suspirado por tener a alguien que ayudara en las tareas domésticas. Alguien que soportara sobre sus hombros el peso de un hogar y que estuviera en casa por la noche, a la hora de relajarse un poco.

Pero ese alguien no iba a ser Sloan. Ella había sabido desde el principio que él era un solitario de vida aventurera. No era el tipo de hombre que seguiría rondándola una vez concluida la misión que los había unido.

No tenían un futuro en común, pero eso no significaba que no pudieran sacarle el máximo partido al presente.

-Espero que te guste el pollo frito -dijo él.

-Me gusta. Comamos.

Un trueno irrumpió en la acogedora escena.

-¿Significa ese trueno que hay riesgo de lluvia? -dijo ella mientras engullía un trozo de pan.

-Probablemente. Espero que no tanta como para que el río se desborde.

-¿Es eso posible?

-El río Guadalupe es conocido por sus desbordamientos en primavera -explicó él-. Pero hay varios pantanos hidroeléctricos cerca de Sequin que pueden regular el flujo de agua. Sin embargo, creo que esta casa nunca se ha visto afectada.

-Gracias a Dios -dijo ella escogiendo un trozo de pechuga de pollo-. ¿Qué es lo que hace la gente por aquí, aparte de pescar?

—Nadar y pasear en canoa —repuso él encogiendo un hombro-. Y otros deportes acuáticos, supongo. Pero creo que la gente en general lo que busca es la paz y el silencio, alejarse de las grandes ciudades.

Ella metió el tenedor en la ensalada de col y recordó el asunto que la había obligado a abandonar su vida urbana.

-¿Encontraste al pescador? ¿Hablaste con el capitán ChetJohnson?

El bebió un trago de agua.

-Sí y sí. El pescador parece una persona normal, probablemente un turista de Oklahoma. Según me ha contado el dependiente de la tienda, viene todas las primaveras.

-¿Y Chet? -preguntó ella, tratando de ocultar una mirada que quería decir «ya te lo decía

yo»-. ¿Te ha contado si la policía sabe algo más del agresor?

—Tu familia se encuentra bien, Lainie, en caso de que te interese. Suzy ya está en casa y parece que se recupera estupendamente. Están esperando tu regreso.

—Son buenas noticias, gracias.

-Y con respecto a la policía, están trabajando sobre un par de sospechosos.

Se oyó otro trueno y con él la llegada de la lluvia. Lainie saltó de la silla sobresaltada por la tormenta.

-¿Te dijo cuánto iban a tardar en solucionar el caso? -a pesar de la tormenta, quería saber cuánto tiempo le quedaba junto a Sloan.

-Es imposible predecirlo. ¿Estás tan impaciente por volver al trabajo?

La verdad era que ella no había vuelto a pensar en su trabajo desde que habían abandonado Houston.

-En realidad, no. Estoy segura de que quien esté seleccionando mis antiguas columnas lo estará haciendo bien. Pero... me estaba preguntando si tendríamos tiempo para que me dieras una clase de pesca. Y también me encantaría limpiar un poco el jardín de malas hierbas.

-¿Te gusta la jardinería?

—Mucho —repuso ella con una sonrisa—. Aunque últimamente no he tenido demasiado tiempo para ello. Además, tenemos un jardinero en casa que jamás me dejaría acercarme a sus plantas.

Sloan extendió una mano y le rozó la mejilla.

-Si mañana escampa, iremos de pesca, Lainie. Pero puede qué haya demasiado barro para trabajar en el jardín.

La mirada de los ojos de Sloan se oscureció mientras acariciaba los labios de ella con el pulgar. El sabor salado del pollo y la caricia inflamaron el deseo de ella.

La tormenta se intensificó. Se fue la luz y Lainie soltó un grito, pero Sloan la tomó en brazos para subirla al dormitorio. Hicieron el amor con desenfreno mientras escuchaban la lluvia y los truenos,

ambos conscientes de que tenían los días contados, ambos rezando para que la situación se prolongara.

-Ten cuidado, cariño -dijo Sloan mientras Lainie, caña en mano, tropezaba en el dintel de la puerta trasera.

Con e! sol de ¡a mañana y la electricidad funcionando de nuevo, Sloan había encontrado los aparejos de pesca en un armario del sótano. Le había explicado a Lainie pausadamente la utilidad de cada uno de los elementos que componían una caña a la hora del desayuno, tratando de evitar el deseo de volver a poseerla allí mismo.

-Este asunto de la pesca parece complicado -comentó Lainie-. ¿Estás seguro de que voy a poder aprender en un solo día?

-Bueno, si se tratara de pescar con mosca, quizá no, pero utilizaremos cebo vivo. Y, si tenemos suerte, picará algún pez. Todo el mundo puede pescar, Lainie. Yo aprendí cuando tenía seis años. Sólo se necesita una caña, un carrete y un anzuelo.

-¿Aprendiste tú solo? -preguntó ella atónita.

-Sin duda. No había nadie que pudiera enseñarme. Pero me encontré una revista sobre pesca en el restaurante donde mi madre trabajaba. No era aún capaz de leer, pero aprendí mucho de las fotografías. Mi primera caña no fue muy profesional, un palo, una cuerda y un alfiler doblado. Pero fue suficiente para capturar varios peces; desde entonces estoy enganchado al deporte de la pesca.

Finalmente llegaron a la orilla del río.

-El agua está de color chocolate -comentó Lainie, decepcionada.

-La tormenta ha agitado los fondos, pero los peces siguen ahí y tienen hambre. Además, nos será más fácil encontrar gusanos para usarlos como cebo.

A ella se le iluminó el rostro de claro entusiasmo y él la deseó de nuevo. Era una mujer abierta y libre, segura de sí misma y de lo que quería. Aunque no encajara del todo en lo que la gente normal consideraría una belleza, para Sloan era única.

Se sorprendió a sí mismo masajeándose el pecho, como si le doliera el corazón. Necesitado de alejarse del borde de cualquier abismo emocional, apoyó las cañas sobre un sauce y miró a su alrededor en busca del lugar adecuado para buscar gusanos.

-Será mejor que miremos en el jardín -decidió al fin-, vamos.

-¿Qué estamos buscando?

-Lombrices.

-¿Qué son exactamente las lombrices?

El movió la tierra, encontró lo que estaba buscando y se lo mostró.

-Gusanos de tierra. Un alimento tierno y sustancioso-para las carpas.

-Ah -dijo ella con tono de duda mirando cómo se retorcía el gusano.

Pero se quedó impresionada cuando él tomó una azada y se puso a cavar en la zona.

-Mira todos los que hay.

Ella sonrió.

-¿Cuántos necesitaremos? ¿Quieres que te ayude?

-Para empezar, bastará con un par de docenas. Yo creo que ya tenemos bastantes -dijo metiendo los últimos en una bolsa especial.

Volvieron al río.

Sloan le enseñó cómo ensartarlos en el anzuelo. Se había supuesto que ella se horrorizaría al ver semejante escena, como hacía la mayoría de las mujeres, pero no fue así. Lainie no se parecía a ninguna otra mujer, tenía el espíritu y la tenacidad de una leona madre.

Una vez que hubo ajustado los hilos de las cañas, cada una con un gusano en el anzuelo, lanzó y soltó carrete con un seguro movimiento de muñeca.

-¿Lo ves? Se trata de tirar el anzuelo corriente arriba y dejar que descienda con ella hacia nosotros.

Cuando ella trató de hacerlo, se le atascó el anzuelo en un arbusto.

-Ah, se ha roto el hilo -se lamentó Lainie-, me temo que no he nacido para pescadora.

Sloan arregló el destrozo en un instante.

-Tonterías. Es que has soltado demasiado carrete -dijo él poniendo otro gusano en el anzuelo de ella-. ¿Ves? Así se hace. No es un tema baladí, hay que saber girar bien la muñeca. Mira, fíjate -añadió tomándole la mano para lanzar el hilo de la caña-. Ahí está. ¿Ves cómo funciona?

Ella asintió mientras observaba cómo la boya se deslizaba río abajo.

-¿Cómo se sabe si has atrapado un pez?

-Notarás que el hilo se tensa. Cuando suceda, le das un tirón a la caña y recoges el hilo en el carrete.

En ese momento la pupila apoyó su espalda sobre el pecho de él y Sloan aspiró su perfume a champú de fresa. Tremendo error, se dijo, al notar que su virilidad se endurecía instantáneamente.

Con un pequeño gruñido de frustración, se alejó de ella para atender su propia caña. Pero aprovechó que Lainie estaba totalmente concentrada para seguir dándole instrucciones.

-Bien, ahora recoge el hilo, repón el cebo si hace falta y lanza tú sola.

Mientras Sloan ponía un nuevo cebo en su anzuelo, pensó que debería esforzarse más para apartar el pensamiento del cuerpo de ella. Pensó en la posibilidad de comentar la conversación con Chet Johnson para que ambos se relajaran un poco.

-¿Te he contado ya que el capitán me dijo que Suzy estaba estupendamente? -preguntó mientras lanzaba.

-Sí -repuso ella, colocando un gusano en el anzuelo-. Creo que sí.

Él asintió con aprobación cuando ella le mostró cómo había colocado el cebo.

-Aparentemente sus heridas eran aparatosas, pero muy superficiales. Con mucha sangre al principio, pero de rápida cicatrización. Ahora ya está en casa, y el capitán asegura que apenas se nota que haya sido herida.

Lainie recogió el hilo y se asombró al ver que el cebo había desaparecido.

-Estoy gastando mucho cebo. ¿Qué es lo que hago mal? -preguntó.

-Tranquila -le contestó él-. Te lo estás tomando demasiado en serio. Relájate y procura tener buenos pensamientos mientras el anzuelo viaja corriente abajo -añadió recogiendo su caña para descubrir que también había perdido el cebo-. A este paso, nos vamos a quedar sin cebo muy pronto. Lanzaremos un par de veces más y luego me iré a buscar más gusanos.

Lainie trató de relajarse, pero no era algo fácil de conseguir teniendo a Sloan tan cerca. Además, cuando él había mencionado el estado de Suzy, se había sentido llena de culpa. Ella ya sabía cómo estaba su hermana porque había hablado con ella por teléfono la tarde anterior desde la casa.

Suzy le había contado que Jeff se había ausentado durante un par de días, pero mientras estaban hablando había regresado a casa, sorprendiéndolas a las dos. Su llegada significaba que todo había vuelto a la normalidad en el hogar de Suzy. Habían colgado el teléfono prometiéndose hablar más a fondo cuando todo se hubiera resuelto.

Sin embargo, Lainie no quería ver la desaprobación en el rostro de Sloan si descubría que había utilizado el teléfono de la casa. No pensaba que lo que había hecho representara el menor peligro, por supuesto, pero no quería enfadar a Sloan cuando les quedaba tan poco tiempo para estar juntos.

Sloan lanzó y la boya se situó a cincuenta metros río arriba.

— ¿Ves? Es fácil —dijo mientras miraba como su cebo se desplazaba-. Hum, ¿sabías que Suzy y su marido tenían problemas conyugales?

-No. Es decir, sí. Me he enterado hace poco -dijo sonrojándose, pero sin perder de vista el hilo de su caña. De pronto sintió un tirón y la punta de la caña se inclinó hacia el río-. ¡Eh! ¿Qué pasa?

-Ha picado un pez -gritó Sloan, soltando su caña para irse a ayudarla-. Empieza a recoger el hilo.

En cuestión de minutos, un precioso pez de líneas amarillas en el lomo y vientre grisáceo se retorcía sobre la arena de la ribera.

-¡Genial! ¡Lo conseguí! -exclamó Lainie-. He pescado un pez.

Él la miró con los ojos brillantes.

-Efectivamente. Es una carpa. Pesca otra y tendremos resuelta la cena de hoy.

-Cuenta con ello -repuso ella con orgullo.

Sloan desprendió con cuidado el pez del anzuelo.

-Me lo llevaré a la cocina y traeré más gusanos mientras tú practicas un poco más.

Ella tomó uno de los últimos gusanos y lo ensartó en el anzuelo con destreza recién adquirida.

-Tómate tu tiempo. Quiero haber pescado otro para cuando regreses.

-Muy pagada de ti misma te veo, ¿no? -dijo él con una sonrisa.

Ella lo miró, también sonriente.

-Puedes apostar lo que quieras. He pescado el primer pez del día.

-Es sólo la suerte de los principiantes -bromeó él meneando la cabeza mientras se volvía hacia la casa-. Ten cuidado mientras te quedas sola. Es fácil resbalar por la orilla embarrada en un momento de despiste.

-Tendré cuidado -prometió Lainie mientras pensaba que le resultaría mucho más fácil concentrarse en la pesca cuando él no estuviera tan cerca.

Durante los primeros cinco minutos que Lainie estuvo a solas, no se desdibujó la sonrisa de su rostro ni por un instante. Estaba pasando un día espléndido. Y Sloan había demostrado ser un hombre estupendo. La pesca era un entretenimiento divertidísimo. Pensó en la posibilidad de convertirse en una verdadera aficionada.

Se concentró seriamente en el lanzamiento río arriba y se dio cuenta de que cada vez lo hacía con mayor soltura.

Oyó detrás de ella a Sloan acercándose entre los matorrales.

—No has tardado mucho —dijo sin darse la vuelta para mirarlo.

-¿Tardar? ¿Para qué? -preguntó una voz diferente, pero conocida, desde su retaguardia izquierda.

Con un gruñido de sorpresa, ella volvió el rostro para enfrentarse al intruso.

-¡Jeff! Me has dado un susto de muerte -dijo mientras sostenía la caña con una mano y se llevaba la otra al corazón con la intención de calmarse.

-Lo siento -repuso su cuñado avanzando dubitativamente hacia ella entre los arbustos-. No tenía ni idea de que supieras pescar.

-No sabía. Estoy aprendiendo -dijo Lainie dándose cuenta de pronto de que algo no iba nada bien-. ¿Qué estás haciendo aquí, Jeff? ¿Le ha pasado algo malo a Suzy? ¿Cómo has podido encontrarme?

Él meneó la cabeza.

-Estaba escuchando por el otro teléfono mientras hablabas ayer con Suzy -dijo él abriéndose paso entre la maleza con cara de pocos amigos-. Supuse que, antes o después, acabarías llamándola por teléfono. Siempre te has mostrado muy egoísta y posesiva con ella, absorbiendo toda su energía. Seguro que ni siquiera se te pasó por la cabeza que podía estar demasiado cansada como para ponerse a hablar contigo.

Una nube oscureció la luz del sol y Lainie sintió una ráfaga de aire frío.

-Dame una respuesta clara, Jeff. ¿Qué estás haciendo aquí? -preguntó sintiendo una súbita debilidad en las piernas que le obligó a sujetarse en la caña de pescar para no resbalar en el barro.

Jeff se metió la mano en el bolsillo de su impermeable verde y sacó una pistola de color negro.

-He venido a terminar de hacer lo que había planeado. Esos asesinos a sueldo que contraté no supieron hacer su trabajo. Pero esta vez no te vas a librar de tu castigo, Lainie, voy a matarte.

El pánico la dejó anonadada. ¿Jeff? ¿Su propio cuñado era el agresor? Se le congelaron las piernas, pero las rodillas no paraban de entrechocar la una con la otra Inertemente.

-¿Quieres matarme? ¿Por qué...?

-Piénsalo bien -repuso él con desdén-. Estoy completamente harto de que tú lleves las riendas de la familia, te reservas todo el poder para ti. Y no tienes ningún derecho para decirme a mí o a mi esposa lo que debemos hacer. El hecho de que tú controles el dinero no te da derecho a manipularnos.

-¿Qué? -se asombró ella más allá de lo concebible. No tenía palabras. ¿De dónde había surgido todo ese odio? ¿Y cómo era posible que ella no hubiera detectado nada con el paso de los años?

-Desde este momento seré yo quien se haga cargo de las finanzas -masculló él-. En cuanto Suzy herede los dos millones de dólares de la póliza de seguros, también pasará a mejor vida -explicó con una

sonrisa siniestra mientras alzaba el revólver y apuntaba al rostro de Lainie-. Ya te lo imaginas, supongo que tendré que organizar la muerte de Suzy como si se tratara de un accidente -dijo con soltura-. No me apetece volver a apretar el gatillo sobre ella. Pero no me importa hacerlo contigo, sobre todo sabiendo que me esperan dos millones de dólares. Prepárate para morir, Lainie.

Capítulo Once

-Suelte ese revólver, Sampson -gritó Sloan saliendo de entre los matojos para plantarse firmemente sobre ambos pies con una pistola sujeta con las dos manos-. ¡Ya!

Jeff giró la pistola de inmediato al oír la voz de Sloan. Lainie aprovechó el momento para intentar atacar al agresor con su caña de pescar.

Sloan hubiera preferido que ella se hubiera estado completamente quieta para poder vérselas a solas con Jeff. Pero Lainie no era de esas personas que dejan los asuntos importantes en manos ajenas.

La escena cambió súbitamente. Lainie perdió el equilibrio y resbaló por la ladera de barro con un grito. Jeff la oyó, se volvió hacia ella y disparó. Antes de que las balas de Jeff hubieran llegado a su destino, Sloan ya había abierto fuego sobre el enemigo. Su disparo fue certero y Jeff Sampson murió en el acto con un impacto en la sien.

Sloan comprobó rápidamente que Jeff estaba fuera de combate y apartó la pistola del agresor de una patada. Se enfundó la suya y corrió hacia Lainie como un poseso.

-¡Lainie! -gritó hundiendo las rodillas en el barro—. Lainie, háblame. ¿Dónde te ha disparado?

Ella yacía inmóvil sobre el costado al borde del río y Sloan vio cómo una mancha de color rojo oscuro empezaba a teñir las aguas.

-¡No, Dios mío, no! -rezó mientras la tomaba en brazos-. Por favor, cariño, no me hagas esto.

Lainie estaba llena de sangre por todas partes y Sloan le buscó el pulso en la muñeca. Se lo encontró, aunque débil, al mismo tiempo que ella aspiraba una pequeña bocanada de aire, aún con los ojos cerrados.

El hecho de que aún estuviera viva le permitió recuperar fuerzas.

-Lainie Gardner, vas a seguir respirando, ¿me oyes? Es una orden. No puedes rendirte ahora. No te permitiré que lo hagas.

Sujetándola contra el pecho, Sloan sacó el teléfono móvil del bolsillo y llamó a la policía. Después de haber dado las explicaciones necesarias para encontrar el lugar, intentó encontrar las heridas, pero había sangre por todas partes y ella parecía estar agonizando.

—No, por favor —suplicó él, estrechándola contra sí mientras combatía las lágrimas.

Hacía más de veinte años que Sloan no iba a la iglesia, y las veces que había ido sólo lo había hecho para complacer a su madre. Pero

mientras la tenía en brazos y esperaba la llegada de la ambulancia, el sargento Sloan Abbott intentó hacer un trato con Dios.

—Sálvala, Señor. No la dejes morir y te juro que...

Su plegaria se vio recompensada por la llegada de la ambulancia. La trasladaron a una camilla. Una enfermera contuvo las hemorragias con eficacia y estabilizó sus constantes vitales. Inmediatamente después, el médico le informó de que las heridas no eran mortales.

Observó cómo la introducían en la ambulancia. Estaba dispuesto a irse con ella, pero en aquel momento llegaron los representantes de la policía y tuvo que quedarse para declarar.

Luego se dirigió hacia el hospital, a tiempo de ver cómo se llevaban por el pasillo de urgencias a una Lainie llena de tubos. Pensó que ya había perdido la oportunidad de hablar con ella, pero ella lo vio y gritó su nombre.

-¡Sloan! ¡Espera! Te necesito. Diles que me dejen irme ahora mismo.

Las enfermeras se detuvieron cuando la escucharon gritar y Sloan corrió junto a ella.

-Calla, cariño. Estoy aquí. Estoy seguro de que te han oído gritar desde el centro de Houston -bromeó.

Ella extendió una mano y él se la tomó cariñosamente, lo cual no era fácil dado el número de tubos y agujas que tenía puestas.

-Sloan, gracias a Dios que estás bien. ¿Qué pasó con jeff?

El la miró a los ojos y sintió la cercanía de sus corazones. Ella estaba pálida y dolorida y llevaba una venda en torno a la cabeza.

-Me temo que ha muerto, Lainie. No tenía opción.

-Te lo agradezco -dijo ella tragando saliva-.]\[o sé cómo he podido no darme cuenta antes de la clase de persona que era. Tengo que hablar con Suzy.

-Está de camino, junto a tu madre y al capitán -Sloan deseó decirle que la llevaba en el corazón, pero esas palabras significaban tanto que se le quedaron atascadas en la garganta.

Las enfermeras lo miraron y susurraron algo acerca de la necesidad de limpiar y suturar las heridas.

Él se incorporó y le apretó la mano.

-Ahora vas a ser buena y vas a dejar que te curen, ¿de acuerdo?

— ¿Estarás aquí cuando terminen? — preguntó ella con un temblor en la voz-. No irás a marcharte a Chicago ya, ¿verdad?

—Me voy a Chicago, pero no hoy. Estaré aquí.

Sloan deseó decirle que la necesitaba, que necesitaba estar junto a ella para comprobar con sus propios ojos que todo salía bien. Pero todavía tenía que cumplir su misión y, además, estaba convencido de

que no existía para ellos la posibilidad de un futuro en común. Ni siquiera sabía qué cambios implicaría su viaje a Chicago.

-Descansa todo lo que puedas, cariño —se despidió suavemente—. Y concéntrate sólo en mejorar. Todos estaremos aquí para ayudarte.

Sloan miró el resto de cerveza que quedaba en su vaso y lo apuró de un trago. Durante las últimas tres semanas, desde que Lainie había sido tiroteada, su vida se había convertido en un barco a la deriva. Y las cosas no parecían ir a mejorar a corto plazo.

Una camarera de uniforme con pajarita llamada Meg tomó su vaso vacío y le preguntó si quería otra cerveza. Él asintió y luego escrutó el bar decorado con maderas nobles. En una de las esquinas había una pantalla de televisión en la que se podía ver un partido de rugby. Pero como sólo eran las primeras horas de la tarde, el bar estaba casi vacío. Sloan miró a uno de los dos hombres de negocios vestidos de traje que habían entrado a tomar una copa y se sintió fuera de lugar. Llevaba allí más de una hora, sentado en una mesa, esperando.

Sólo había salido del estado de Texas un par de veces en su vida, pero Chicago se parecía a todas las grandes ciudades, como Dallas o Houston. Sin embargo, ese bar de postín, con los suelos encerados y las sillas de diseño, no se parecía a ningún otro que hubiera conocido con anterioridad. Durante un segundo, recordó las ganas de Lainie por visitar un bar honky-íonk y supuso, sin temor a equivocarse, que también estaría encantada de conocer un bar como ése, tal era su afición por aprender cosas nuevas.

El recuerdo de Lainie lo devolvió a los últimos momentos que había pasado con ella. Había sido el mismo día en que la darían de alta en el hospital. Su hermana había terminado de hacer la maleta y se había ido a buscar una silla de ruedas para llevarla hasta la ambulancia que la devolvería a casa.

. La había escuchado mientras ella le contaba que había decidido utilizar Internet para mandar sus columnas al periódico desde cualquier parte del mundo. Aunque, después de lo que había pasado, ya no se sentía tan segura de ser capaz de dar consejo a otras personas. Consideraba un error imperdonable el no haberse dado cuenta de lo que le ocurría a su hermana. Así que estaba pensando en la posibilidad de renunciar a su trabajo.

Ella sonrió, a pesar de los puntos de sutura. Sus ojos brillaron al mirar a Sloan y él pensó que nunca la había visto tan bella.

-Le he pedido a Chet que me ayude a hacer una oferta por la casa de campo de tu amigo -le dijo-. Estoy pensando en la posibilidad de convertirla en una posada rural para los amantes de la naturaleza. Espero que no necesite demasiados arreglos -mientras hablaba, Lainie

parecía no poder estarse quieta, repleta de entusiasmo por los nuevos planes de vida—. Supongo que tú sabes mucho más que yo sobre reformas, así que me gustaría contar con tu opinión.

—Lainie...

—Bueno, si no sabes nada sobre reformas, usaremos tu talento para analizar las necesidades de los turistas y ver qué tipo de servicios podemos ofrecer. Soy capaz de diseñar una publicidad atractiva, pero como nunca he gestionado una posada, quizá tú...

-Lainie, tranquilízate...

-Bueno, como nos vamos a Houston juntos, podremos hablar más detenidamente sobre el tema —dijo ella.

-Yo no voy -anunció Sloan.

-¿No regresas a Houston? -preguntó ella con voz desmayada.

-Suzy se ha ofrecido a llevarte a casa en su coche. Y yo he reservado billete para volar desde San Antonio a Chicago. Tengo que marcharme ya si no quiero perder el vuelo.

— ¿De veras? — dijo ella volviéndose para hacer algo en la maleta-. Te vas a buscar a tu padre, ¿no? Es una buena noticia.

Él no estaba del todo seguro de lo que esperaba de ella, pero su serena aquiescencia lo molestó hasta límites insospechados. Quizá hubiera preferido unas lágrimas o una súplica para que se quedara con ella unos días más.

Pero sabía que esa muestra de debilidad no hubiera funcionado para ninguno de los dos. Separarse de ella ya era lo bastante duro como para, además, aderezarlo con una escena sensible. Y lo cierto era que, puesto que la separación era inevitable, lo mejor era zanjar el asunto lo antes posible. Por lo que parecía, ella debía estar pensando exactamente lo mismo.

-Supongo que ha llegado el momento de darte las gracias por todo lo que has hecho por mí —prosiguió Lainie al cabo de unos instantes —. Me has salvado la vida... dos veces. Y me has enseñado a pasármelo bien, a disfrutar de las flores al borde de la carretera y a buscar el mejor cebo vivo para pescar. Han sido auténticas lecciones de aprendizaje. Gracias, Sloan.

-Siento no poder quedarme más tiempo. Pero necesito cumplir mis planes... por mi madre.

Ella le estrechó la mano.

-Por descontado. Estoy impresionada por tu sentido del deber. Sabía que volverías a tus asuntos lo antes posible. Pero quiero decirte que te agradezco que te hayas retrasado tanto por mi causa. Has cambiado toda mi vida.

-Lainie...

Pero antes de que él pudiera agarrarla para besarla apasionadamente, Suzy entró con la silla de ruedas, acompañada de una enfermera. Sloan ayudó a Lainie a tomar asiento y la miró mientras se la llevaban por el pasillo. Ella iba con la barbilla bien alta y el rostro pálido.

Ante la puerta del ascensor, ella se volvió hacia él.

-Gracias por todo, Sloan. Jamás te olvidaré.

Después la metieron en el ascensor, se cerraron las puertas y todo acabó.

-¿Sloan? -indagó la voz de un hombre maduro, devolviéndole a la realidad del bar de Chicago en el que se encontraba, con una cerveza a medias.

Cuando alzó la mirada, vio a un hombre de pie junto a él. A un hombre que tenía los mismos ojos y la misma boca que él. Sloan se convenció de que no era él mismo reflejado en un espejo al reparar en que aquel hombre tenía el pelo entrecano y grandes entradas en la frente. Sin embargo, el parecido bastaba para demostrar que compartían los mismos genes.

-¿Robert Jensen? -preguntó él sintiendo que la garganta se le quedaba seca mientras se ponía en pie.

-Sí, Sloan. Está bastante claro que somos parientes, ¿no es cierto? — dijo el hombre extendiendo la mano para estrechar la de su hijo-. Te guste o no, soy tu padre.

Sloan le estrechó la mano y sintió la calidez de la piel de su padre.

-No..., no sé qué decir -farfulló Sloan.

Su padre no dijo ni palabra, se limitó a sostener su mano, escrutando el rostro de su hijo. Sloan se dio cuenta de que Robert Jensen era tres o cuatro centímetros más bajo que él, pero tenía su misma constitución física. También se maravilló de lo exquisitamente vestido que iba, con un traje de diseño y una corbata elegante.

-Y no sé cómo llamarte -añadió Sloan.

Su padre mostró una amplia sonrisa que le iluminó el rostro.

-Rob puede servir hasta que me conozcas mejor -dijo soltando la mano de Sloan para darle un abrazo-. Pero... algún día... me haría muy feliz que me llamaras padre.

-Será mejor que nos sentemos -propuso Sloan separándose de él.

-De acuerdo, hijo. Tengo muchas cosas que contarte.

Sloan ya conocía los datos básicos de la historia. Sabía que Robert Jensen y Mar y Jo Pluckett se habían casado hacía treinta y un años. Un año más tarde, habían tenido un hijo en Chicago al que habían llamado Sloan. Dos años más tarde, Robert había sido arrestado y declarado culpable por la violación y el asesinato de la compañera de

trabajo y mejor amiga de Mary Jo. Robert había sido condenado a cadena perpetua.

Pero, veinte años más tarde, las pruebas de ADN habían demostrado que el preso no era culpable.

-No puedo explicarte lo feliz que me sentí al recibir tu llamada telefónica esta mañana. Llevo ocho años buscándoos a ti a y tu madre. Desde...

-¿Desde que te liberaron?

-Sí. Mis padres, es decir, tus abuelos, habían muerto antes de que se demostrara mi inocencia. No podían darme datos sobre la fuga de Mary Jo. Yo imaginé que habría vuelto a Texas, pero ése es un Estado muy grande -a Rob se le humedecieron los ojos-. Es duro para mí saber que Mary Jo se vio obligada a esconderse por causa de las amenazas de mis padres. Yo sabía que ella no les gustaba, pero nunca pensé que llegarían tan lejos como para contratar abogados y detectives para quitarle la custodia de su hijo mientras yo estaba en la cárcel -dijo meneando la cabeza con tristeza-. Supongo que me alegro de no haberlo sabido en vida de ellos. Hubiera sido muy difícil soportar las visitas familiares. Y ahora me dices que mi querida Mary Jo se ha ido para siempre. Es duro saber que nunca podré volver a arreglar las cosas con ella. Puede que me cueste trabajo hacerme definitivamente a la idea -Rob miró a Sloan y sus ojos volvieron a brillar-. Pero tú estás aquí. La última vez que te vi te estaba cambiando los pañales para enseñarte luego a chutar un balón. Y... ahora, te veo hecho un hombre, todo un ranger alto y fuerte. Estoy orgulloso de ti, hijo.

Sloan se acarició la barbilla como respuesta al cumplido. No sabía qué sentía exactamente, era complicado hacerse a la idea de tener un pasado y una familia.

-¿Eres el presidente de tu propia empresa? -preguntó al fin.

-Sí. Mi abuelo creó la empresa hará unos sesenta años. Cuando salí de prisión, me enteré de que mi padre me había dejado varios fondos de inversiones con mucho dinero. De modo que no necesito trabajar para vivir, pero jamás podría estar inactivo, necesito contribuir a la economía del país. Igual que tú contribuyes al cumplimiento de la ley. Quizá sea más importante lo que haces tú que lo que hago yo.

— ¿No guardas resentimiento contra las fuerzas de la ley por el trato injusto que recibiste?

-No -aseguró Rob meneando la cabeza-. Simplemente estaba en el lugar equivocado en

Un mal momento. Todo el mundo realizó su trabajo eficazmente con los medios de que se disponía en aquella época. Y ésa es nuestra

obligación. Todos debemos hacer lo más correcto en toda ocasión -dijo antes de tomar la mano de Sloan-. Pero, por favor, cuéntame cosas sobre tu madre. ¿Dónde habéis vivido durante todos estos años? ¿Cómo ha sido vuestra vida?

-Ya te hablaré de nosotros más tarde -dijo Sloan retirando la mano-. Primero quiero saber más sobre vosotros. ¿Dónde os conocisteis? ¿Por qué os casasteis? ¿Cómo fue la relación de mis abuelos con ella?

Rob se relajó sobre el respaldo de la silla.

-Bien, empecemos por el principio. Mary Jo era la chica más guapa que yo había visto en toda mi vida. Tenía el pelo de color avellana y los ojos a juego. Y unas piernas muy largas y un dulce balanceo de las caderas al andar.

Sloan parpadeó. ¿Estaba ese hombre hablando de su madre?

-Yo era estudiante del último curso en la universidad mientras Mary Jo se mataba a trabajar en el bar del mismo centro docente y estudiaba con una mala beca -Rob hizo una pausa y sonrió para sí.

Sloan no sabía que su madre hubiera estudiado en la universidad.

-Pero... ¿por qué os casasteis? Hum... ¿fui yo... un accidente?

-No, hijo. Te deseábamos enormemente. Tardaste más de un año en nacer después de que nos hubimos casado —dijo apoyando los codos sobre la mesa—. Nos casamos porque yo no estaba dispuesto a renunciar a ella. Al principio, antes de casarnos, teníamos unas peleas terribles, los dos teníamos mucho carácter, pero con el paso de los meses, descubrimos que había muchas más cosas que nos unían que las que nos separaban. Era como si nos complementáramos a la perfección. Ella era mi media naranja. La pieza que faltaba en el puzzle de mi vida. Supe que jamás encontraría nada mejor —añadió Rob sonriendo de nuevo-. Afortunadamente, tu madre acabó dándome la razón y nos casamos. Después tuvimos un hijo perfecto. Su memoria ha sido mi mejor compañía durante todos estos años.

-¿Aún sigues sintiendo lo mismo por ella?

—Siempre ha sido así —repuso él escrutando el rostro de su hijo-. Y creo que tú sientes lo mismo por una persona en particular, ¿no? Reconozco esa mirada enamorada en tus ojos.

-No importa lo que yo sienta-contestó Sloan mesándose el cabello-. No funcionaría.

-Yo también pensé eso mismo en algún momento —dijo Rob, chasqueando la lengua—. Mis padres eran ricos y altivos, no podían soportar la idea de que yo fuera a casarme con alguien sin clase. Y también sabía que Mary jo no estaría dispuesta a aceptar a mi familia -dijo encogiéndose de hombros-. Pero... estaba enamorada de mí y

tenía el suficiente carácter como para defender su amor frente a cualquier contratiempo -Sloan carraspeó y su padre lo miró-. ¿Te ama con tanta intensidad esa chica? -preguntó suavemente.

-No lo sé... aún -repuso Sloan finalmente.

Lainie se apartó de la mesa donde había estado estudiando los proyectos para la remodelación de la casa de campo de Sequin con la intención de convertirla en una posada. Al día siguiente la casa sería suya por fin, pensó con una mezcla de euforia y tristeza.

-Estoy lista para marcharme -dijo Suzy apareciendo por el dintel de la puerta.

-Ay, Suzy..., voy a echarte tanto de menos -dijo Lainie acercándose para abrazarla.

Las dos hermanas se habían pasado los dos últimos meses contándose la verdad la una a la otra. Lainie ya sabía que el matrimonio de Suzy había sido una farsa desde el principio. Le había dolido que su hermana no hubiera tenido la suficiente confianza en ella como para confiarle sus secretos más íntimos. ¿Qué clase de consejera podía ser una mujer que no se había dado cuenta de los angustiosos problemas que había tenido su hermana?

Lainie no sabía qué les depararía el futuro a ninguna de las dos. Pero estaba segura de que habían dejado bien atrás el dolor del pasado.

Desgraciadamente, parecía que las dos tenían más cosas en común de las que imaginaban. Ambas habían amado a hombres que no habían querido comprometerse con ellas. El novio y verdadero amor de Suzy había desaparecido cuando la familia se había trasladado a Houston. No se había sentido preparado para casarse con ella y la había dejado marchar. Al sentirse rechazada, se había casado con Jeff... para arrepentirse casi desde el primer momento.

Lainie no podía creerse que hubiera podido mantenerse ajena al sufrimiento de su hermana durante tantos años. Se había reprendido a sí misma por haberse portado como una niña mimada y sabía que se merecía todo el dolor que la vida fuera a poner en su camino. Y al enterarse de que Suzy seguía enamorada de su primer novio, también supo que la herida que la ausencia de Sloan suponía seguiría siempre abierta en su corazón.

-Sólo estaré a dos horas de viaje -susurró Suzy-. Y el servicio telefónico entre Sequin y San Antonio sigue en uso. Estaremos en contacto -añadió con una sonrisa-, y seremos mejores amigas que nunca.

-Sí, pero...

—Necesito hacerlo, Lainie. Tengo que aprender a vivir lejos de tu

influencia.

Lainie sintió un dolor en el pecho y se volvió hacia su mesa de trabajo. El hecho de marcharse lejos de la familia para iniciar a solas una nueva vida entusiasmaba a su hermana. Y Lainie debería estar tan contenta como ella, necesitaba disfrutar de un soplo de aire fresco en su existencia. Si no podía contar con Sloan, lo haría ella sola.

Sonó el timbre de la puerta.

-Bajaré a ver quién es -dijo Suzy poniéndose en marcha.

-Sea quien sea, dile que se vaya. No estoy de humor para hablar con nadie. Tengo que hacer el equipaje.

Lainie se dejó caer sobre la silla y abrió varios cajones de su mesa de trabajo. Esa tarde llegaría la furgoneta para hacer la mudanza. Apenas iba a llevarse cosas porque había comprado la casa con todos sus muebles. Se había sentido agradecida al antiguo propietario por no haberse llevado nada, casi todo lo que había en la casa parecía pertenecer a ese lugar por derecho propio.

Un suave golpeteo en la puerta de su despacho la pilló por sorpresa. ¿Quién se habría atrevido a meterse en su casa cuando todos sabían lo ocupada que estaba?

Lainie abrió la puerta de golpe, lista para abroncar a quien quiera que fuese. Pero se le quedó la mente en blanco cuando vio a Sloan.

Ese maldito hombre había decidido presentarse justo cuando ella estaba al borde de las lágrimas por la separación de su hermana.

-Lainie...

-¿Qué estás haciendo aquí? -preguntó, irritada-. ¿Me he olvidado de firmar algún papel? ¿Me necesita la policía para algo? -le increpó dándole la espalda para dirigirse a su mesa de trabajo.

Sloan sintió un ataque de pánico. Había esperado..., bueno, él había esperado que ella se alegrara de verlo... al menos un poco.

-No Lainie. No hay papeles que firmar. Sólo quería hablar contigo.

-Hace más de tres semanas que no sé nada de ti -murmuró ella volviendo ligeramente la cabeza por encima del hombro-. Ni siquiera te has molestado en llamar para contarme que habías encontrado a tu padre. Tuve que enterarme a través de Chet -dijo dándose la vuelta de repente para mirarlo con los ojos entornados-. Y tampoco te ha interesado saber si había comprado la casa de Sequin o no. Para tu información -añadió señalándolo con el dedo- el trato de compraventa se cierra mañana.

-Lo sé -dijo él en voz baja.

Ella se enfureció de tal manera que él hubiera podido jurar que si las miradas mataran, sería ya hombre muerto. Sin embargo, reconoció que estaba preciosa cuando se enfadaba.

-¿Cómo lo sabes? ¿Me has estado espiando?

-Sí -admitió él con sencillez, acercándose a ella-. Te echaba de menos.

Ella se quedó con la boca abierta y él acercó una mano a su barbilla.

-He venido hoy porque sabía que mañana te mudarías. Y me preguntaba si necesitarías ayuda para remodelar la casa de Sequin.

Ella se limitó a quedarse quieta sin pronunciar palabra y él sintió otro súbito ataque de pánico.

-Formamos un buen equipo -prosiguió él- y me había planteado la posibilidad de convertirlo en algo permanente.

-¿Permanente? ¿Quieres trabajar para mí?

Él sonrió y le dio un ligero beso en los labios.

-Para ti. Contigo. A tu lado. Te necesito, Lainie -él dudó durante un instante ya que ella se limitaba a mirarlo-. Adoro perderme en tus ojos -continuó tomándola por los hombros- y verlos brillar cada vez que aprendes algo nuevo. Te necesito para que aprendamos a reírnos juntos. Y creo que me he acostumbrado a tus cambios de humor, que me hacen sentirme más vivo. Te necesito a mi lado en la cama, en el trabajo..., en todas partes. Tú das sentido a lo mejor de mí mismo. Te amo, Lainie. Estoy tratando de pedirte que te cases conmigo, que compartas mi vida, que formemos una familia juntos.

-¿Quieres casarte conmigo? -chilló ella con cierta histeria-. ¿Me amas?

-Te amo -repitió él-. Me enamoré de ti desde el mismo momento en que te vi en el vestíbulo del periódico antes de que empezara el tiroteo.

Ella permaneció en silencio, con la garganta seca.

-No domino la palabra tan bien como tú —prosiguió él después de tragar saliva—. Pero si me das una oportunidad, te prometo que sabré demostrarte mi amor. Te repetiré que te amo todos los días de nuestra vida, Lainie.

-Yo... -ella empezó a desprenderse de sus brazos mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

Él se sintió de nuevo presa del pánico.

-Lainie, por favor. Nunca debí dejarte para irme a Chicago. Deseé miles de veces que estuvieras allí conmigo -dijo antes de tomar una amplia bocanada de aire-. Dime que te casarás conmigo. Dime que me amas.

Finalmente los ojos de Lainie volvieron a la vida con todo su brillo y, súbitamente, lanzó los brazos alrededor de su cuello.

-Te amo -dijo ella antes de echarse a reír-. Más que a nada en el

mundo. Y sí, me casaré contigo.

—Gracias a Dios —susurró él antes de besarla prolongadamente con toda su alma.

-Me da la impresión de que te he estado esperando durante toda la vida, Sloan. Eres mi complemento perfecto.

El la abrazo aún más fuerte, cerró los ojos y la besó en el cabello. Ella lo amaba. A pesar de su mal genio, ella lo amaba. Y Sloan se sintió infinitamente aliviado y lleno de esperanza.

-A pesar de que nos parecemos demasiado en nuestro mal carácter y a pesar de que habrá momentos en que te sientas desgraciada por mi culpa, estoy convencido de que te quedarás conmigo hasta el final de nuestros días. Te amo, mi querida pelirroja osada y obstinada.